6200

gomez

LA LEY DE LA FUERZA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

original de

DON VALENTÍN GÓMEZ

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL, la noche del 7 de Diciembre de 1886.

LUCAS G.z HERNANDEZ
BÉJAR

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

Reparto.

PERSONAJES	ACTORES
ANGELINA	Sra. Contreras.
MARÍA	Srta. Guillén.
DON RAIMUNDO	Don Antonio Vico.
ESTÉBAN	» Ricardo Calvo.
DON EUSTAQUIO	» Donato Jiménez.
VEGA / BUSTAMANTE	» José González.
SANTIAGO	» Cárlos Sánchez.
UN INSPECTOR	» Pedro Moreno.
UN CRIADO	» Francisco Perrín.

Agentes y vecinos.

Epoca actual.—La acción del primer acto se desarrolla en Valencia. La de los dos siguientes, en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTÍSIMO ACTOR

DON ANTONIO VICO

Nieguen cuantos quieran todo mérito á esta obra: yo siempre diré que tiene uno incuestionable: el de haberle proporcionado á usted uno de los triunfos más grandes de su vida.

Reciba usted por ello el testimonio de mi profunda admiración.

VALENTÍN GÓMEZ.

613183

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laleydelafuerzad2359gmez

LUCAS G.z HERNANDEZ
BÉJAR

ACTO PRIMERO.

La escena representa una habitación modesta, amueblada con sillas de Vitoria y un sofá de lo mismo en el término derecha de la pared del fondo. En la izquierda una cómoda, sobre la cual se ven papeles de dibujo, unos en blanco y otros con figuras, narices, ojos, perfiles y cabezas. A la izquierda dos puertas; la primera conduce á la cocina y comedor, y la segunda á la habitación de María. A la derecha otra puerta en primer término por donde se va á las habitaciones de Raimundo y Estéban, y en segundo una ventana que se supone da á un callejón. La acción empieza poco antes de oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

RAIMUNDO.—MARIA.—ESTEBAN, que entra y sale como se indicará.

RAIM. (Recostado en el alféizar de la ventana mirando á la calle. María sale por la primera puerta izquierda.) Ahí, en este solitario callejón, bajo esa cruz, mataron á un hombre hace diez años. Quién fué el matador? Se ignora. Alguien tal vez que estará gozando del fruto de su crímen. Hizo bien ó hizo mal?... Psché!

MAR. Raimundo!

RAIM. Qué hay?

MAR. Estéban se impacienta porque no le doy de cenar. Dice que tiene que volverse á la academia á concluir un dibujo esta misma noche.

RAIM. Y por qué no le das lo que haya?

MAR. Porque ya no hay nada, ni sé de dónde sacarlo.

RAIM. Nada?

MAR. Nada.

RAIM. Ni para él? (María se encoje de hombros con tristeza.) Bueno! Ni para mi hijo, que merece tanto como la mejor de las criaturas de Dios. De Dios! Y dónde está ese Dios en quien tú crees, á quien le rezas todos los días para que nada nos falte?

MAR. Ese Dios, hermano mío, no está en tu corazón... ya lo sé! Quizá por eso nos castiga con su abandono.

RAIM. Estúpida! Y qué culpa tienes tú; qué culpa tiene el hijo de mi vida de lo que yo crea ó deje de creer?

EST. (Saliendo.) Pero, tía; ceno ó no ceno? Mira que tengo mucha prisa...

RAIM. Tanta tienes, hijo mío, que no podrías esperarte media hora?

EST. Ni quince minutos. Estoy dibujando la cabeza de un gladiador, que parece el vivo retrato de usted. Qué líneas tan enérgicas! Qué mirada! Qué gesto tan duro, pero tan arrogante! Verá usted, verá usted qué bien me sale! El profesor está entusiasmado, y no quiere que pierda un minuto de tiempo. Dice que voy á ser un gran artista! Conque ó ceno en seguida ó me marcho.

RAIM. Si no puedes esperar, vete: y en cuanto acabes á casa: yo te aseguro que tendrás la cena preparada. Tu tía se ha descuidado un poco esta tarde.

MAR. Eso es: pero cuando vuelvas...

EST. Mejor: así cenaré con más apetito. (Se dirige al fondo.)

RAIM. Te vas sin sombrero?

EST. Ay! Es verdad.

RAIM. Cabeza á pájaros: como todos los artistas.

EST. (Y como todos los enamorados. Esta Angelina me tiene vuelto el seso. (Entra en su cuarto y sale en seguida con el sombrero puesto.)

RAIM. (Viéndole entrar y salir.) (Ahí está todo mi sér, todo mi amor y toda mi vida. Qué gallardo es!)

EST. Ea! Hasta luego. Adios, tía.

MAR. Adios, Estéban

RAIM. Hasta luego, hijo mío.

ESCENA II

RAIMUNDO.—MARÍA.

RAIM. Ya supondrás que para que cene mi hijo no voy á contentarme con tus rezos á esa Providencia divina que ya no hace llover el maná sobre sus predilectos como tú.

MAR. No blasfemes, Raimundo, y procuremos honradamente salir del apuro de hoy, y, si es posible, de los que han de venir más tarde

RAIM. Honradamente! Estoy de honradez hasta la coronilla. Desde que murió el duque, en cuya administración general ganaba yo el mezquino sueldo de diez mil reales, la honradez no me ha servido más que para ir empeñando casi todo lo que teníamos. Ahora no habrá otro remedio que arrojar por la ventana lo poco que nos queda, si no he de consentir que mi hijo, mi única fé, mi único Dios, se muera de hambre antes de que se abra con su talento las puertas de la fortuna. Empeña y vende lo que quieras... Por mi parte, te juro que de la honradez me importa un ardite, y como la ocasión se me venga á la mano...

MAR. No digas eso, Raimundo. Me estremeces! Nunca hay derecho para hacer el mal.

RAIM. El mal! El bien! Qué sabes tú lo que es eso? Lo sabe alguien por ventura? Convencionalismos humanos! Yo he leído mucho, y sé que entre los árabes del desierto el robo es una cosa corriente y bien mirada, mientras la falta de hospitalidad se considera crímen abominable. Entre algunas tribus africanas, es prueba de piedad filial matar á los padres ancianos y comérselos, porque, según aquellas gentes, no hay sepulcro más digno de un padre que el estómago del hijo.

Ahí tienes cómo el robo y el parricidio que entre nosotros se castigan con tanta dureza, en otras partes son hasta virtudes inclusive. ¿Dónde está el mal y dónde está el bien? Tú dices que lo sabes: yo digo que no lo sabe nadie.

MAR. Ojalá hubieras leído menos, y hubieras cultivado más los sentimientos nobles del corazón!

RAIM. Para qué? De qué te sirven á tí?

MAR. De escudo en las pruebas amargas de la vida, y de manantial en que bebe tu hijo las aguas cristalinas del honor y de la fé

RAIM. Eso sí: tú allá le has educado á tu manera...

MAR. Y he hecho de él un joven digno de tu amor y del aprecio de todos. Le amarías tanto, si no fuera tan bueno?

RAIM. Lo mismo.

MAR. No es verdad.

RAIM. Necia! Yo le amo por instinto, como aman las fieras á sus cachorros, y los buitres á sus polluelos.

MAR. No: amas en él también la hermosura de su alma. Estoy por decir que hasta le respetas y le admiras.

RAIM. No sé lo que es respeto ni admiración por nadie. Amo á mi hijo con frenesí; eso es verdad: y por él soy capaz de todo, de todo! Con tal de no caer en los mallas del Código, estoy dispuesto... á cualquier empresa lucrativa: créeme á mí!

MAE. Raimundo, por Dios: no me hables de esa manera.

RAIM. Voy á ser también hipócrita contigo? Todos me tienen por hombre honrado, y á algunos les da lástima de mi mala suerte. Pero nadie me favorece, ni sabe nadie tampoco de lo que yo soy capaz si la ocasión se presenta y el vértigo me empuja.

MAR. Capaz de un crímen?

RAIM. Sí... y de muchos crímenes. La mayor parte de las riquezas se han acumulado por este medio: la mayor parte de los conquistadores han sido grandes criminales. Los que conspiran para llegar á un fin político, reparan acaso en la sangre

que ha de derramarse, ni en los intereses que tienen que ser lastimados? No. Pues el fin que yo me propongo no es menos justo: engrandecer á mi hijo y asegurar nuestra existencia. Si para esto es preciso atropellar la vida y la propiedad de otro, las atropello y en paz. (Rumor dentro como de dos personas que disputan acaloradas.)

MAR. Oh! Calla! Si te oyeran!...

RAIM. Qué ruido?... (Acercándose á la puerta del foro.) Es la voz de Eustaquio... y la de Vega.

MAR. Riñen?

RAIM. Como siempre. Es odio de raza. Sus padres se aborrecían y ellos se detestan. Llaman... Será Eustaquio; ábrele, y lleva de paso algo que empeñar ó vender para que Estéban no se encuentre chasqueado cuando vuelva.

MAR. Abriré antes. (Se vá y vuelve en seguida con Eustaquio. Trae además luz, que pone sobre la mesa.)

ESCENA III.

DICHOS.—EUSTAQUIO.

RAIM. Qué diablos te pasa, hombre?

EUST. Que es imposible aguantar á esa fiera. Ne me vé una vez que no sea para insultarme.

RAIM. Procura no encontrarte con él.

EUST. Si lo hace el mismo Satanás! En todas partes nos tropezamos; y no bien me echa la vista encima, descarga sobre mí el peso de todos los improperios almacenados en su cabeza desde que nació. Y te aseguro que los tiene escogidos.

RAIM. A cada uno hay que tomarlo como es.

EUST. A Vega hay que tomarlo con lazo, porque es un animal silvestre. Qué culpa tengo yo de que mi padre arruinase al suyo, y que de resultas se aborrecieran á muerte?

MAR. (Que ha sacado de la cómoda alguna ropa y la ha envuelto en un pañuelo.) Me voy, Raimundo... ya sabes.

RAIM. Vuelve presto.

MAR. Adios, don Eustaquio.

EUST. Adios, María. (Vase fondo.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO.—EUSTAQUIO.

RAIM. Y quién te manda venir aquí, sabiendo que vive en el piso de arriba? (Se sientan.)

EUST. No faltaría más sino que me privase de ver á mis amigos, por temor á ese salvaje.

RAIM. Ya nos vemos en tu casa, y es lo mismo.

EUST. No es lo mismo. En primer lugar, aunque yo no presumo de valiente, ni mucho menos, me interesa demostrar que no me intimidan sus fieros y bravatas.

RAIM. Oiga! También el pacífico saca los pies de las alforjas!

EUST. Pues no! Y llevo á prevención un arma. Ha dicho que el día menos pensado me va á dar una bofetada, y ese día .. Vamos! ese día no se queda con ganas de darme la segunda.

RAIM. Eustaquio!

EUST. Como lo oyes! Harto es ya sufrir los dicterios; las bofetadas no las sufriré.

RAIM. Mucho sufrir sería eso, efectivamente.

EUST. En segundo lugar, venía á decirte que he sorprendido una carta de tu hijo Estéban en un bolsillo de mi Angelina.

RAIM. De Estéban!

EUST. Son dos muchachuelos, dos chiquillos que no deben pensar todavía en esas cosas, y aunque no me desagradaría que con el tiempo corrieran la misma suerte, creo que ahora les conviene pensar en sus dibujos, el uno, y en sus labores, la otra.

RAIM Dices bien, y yo me encargo de hacer á Estéban las reflexiones oportunas, sin acritud, por supuesto.

EUST. Naturalmente: el muchacho vale, es simpático, bondadoso...

RAIM De lo que no hay, Eustaquio, de lo que no hay. Cada día le quiero más.

EUST. Y haces lo que debes. Yo adoro á mi Angelina,

que con sus doce años y su cara de cielo, parece ya una mujercita digna de que cualquiera muchacho pierda el sentido por ella.

RAIM. No lo niego. La chiquilla es también de perlas. Pero mi Estéban!... De todos modos, esas niñerías no importan nada, porque yo pienso salir pronto de Valencia y establecerme en Madrid—si las cosas se arreglan—para que mi hijo pueda estar al lado de un buen maestro, y si luego obtuviera una pensión en Roma... ya ves! Había realizado uno de los ideales de mi vida.

EUST. Excelente idea!

RAIM. Con esto, las relaciones de los chicos quedarán á merced de los años Si á la edad conveniente se volvieran á ver, y continuaran queriéndose...

EUST. Qué habíamos de hacer nosotros?

RAIM. Y si no... tan amigos como antes.

EUST. Justamente. (Levantándose) Con que, mandas algo?...

RAIM. Que dispongas, Eustaquio.

EUST. Si quieres venir á tomar café ahí abajo, te convido.

RAIM. Gracias. Voy á cenar dentro de poco. Y procura no encontrarte con Vega, hombre. Cuando se te ocurra algo, me avisas y yo iré á tu casa.

EUST. No faltaba más! Eso quiere él: meterme en un puño para no dejarme respirar... Ah! Y á propósito.

RAIM. Qué?

EUST. He oído algo de si le había tocado ó no un premio grande de la lotería.

RAIM. (con interés.) A Vega?

EUST. Sí. Tú no sabes?

RAIM. Es la primera noticia que tengo. Verdad es que no le he visto desde anteayer.

EUST No será cierto.

RAIM. Difícil es ocultar esas cosas en una población como Valencia.

EUST. No; en Valencia no le ha caído nada. Habría él cobrado sin que se supiera?

RAIM. Entonces...

EUST. Dicen que anteayer se marchó á Albacete, de

donde procedía el décimo ó los décimos premiados, y que ha vuelto esta mañana con el dinero en el bolsillo.

RAIM. Habladurías probablemente.

EUST. Eso pienso yo. Y después de todo, qué nos importa? A mí no me ha de dar más que desazones...

RAIM. En efecto; si le ha caído la lotería, buen provecho le haga.

EUST. Adios, pues, Raimundo: y un abrazo á Estéban.

RAIM. Otro de mi parte á Angelina. Hasta más ver. (Vase Eustaquio.)

ESCENA V.

RAIMUNDO.—Luego MARIA.

RAIM. Será verdad que la suerte se ha complacido en favorecer á ese bárbaro? El dinero es la fuerza; la fuerza es la brutalidad. Qué extraño es que el dinero busque á los que tienen la brutalidad en la sangre? Busca á los suyos... (Con mucha preocupación.) Si fuera cierto!...

MAR. (Por el foro.) Ya estoy de vuelta.

RAIM. Ah!... Sí... Traes?..

MAR. Diez duros.

RAIM. (Con ironía.) Un capital!

MAR. Al menos tu hijo cenará bien esta noche y no le faltará nada en unos días.

RAIM. Y luego vuelta á los ahogos...

MAR. Dios nos dará su amparo.

RAIM. Dios, eh? Me parece que lo reserva para otros menos inocentes que tú. Anda, anda á preparar la cena.

MAR. Ay! Aguarda. Se me ha olvidado cerrar la puerta. No sé en qué pienso...

RAIM. Déjala, mujer, no hay peligro de que nos roben. Como los ladrones trajeran dinero es posible que se quedaran sin él.

MAR. Jesús! Se te ocurren siempre unas cosas... (Vase izquierda primer termino.)

ESCENA VI.

RAIMUNDO.—VEGA, por el foro.

VEGA. Ah! Se ha marchado ya ese hipócrita? Ha venido á hablarte mal de mí?... No: no: no me digas nada; lo presumo todo. Es tan falso y tan vil como su padre. Dos meses hace que murió, porque yo no tuve ocasión de anticiparle su fin: pero al hijo... á ese me propongo anticipárselo á fuerza de disgustos.

RAIM. El diablo tienes en el cuerpo, amigo Vega. Ni olvidas, ni perdonas.

VEGA. Es que cuando casi se me ha olvidado que existe semejante hombre, me lo encuentro de manos á boca, y precisamente en mi propia casa. A qué viene aquí ese hijo de malhechor, sabiendo que una vez ú otra nos hemos de tropezar? Viene á insultarme, á burlarse de mí... á desafiarme: y á mí no me desafía él impunemente, ni nadie.

RAIM. Convéncete de que no llevas razón en lo que dices. El viene á verme á mí, y está en su perfecto derecho.

VEGA. No lo creas. Viene confiado en que, ya en la escalera, ya en tu habitación, me verá alguna vez; y como conoce mi carácter violento se goza en exaltarme con sus miradas despreciativas y provocadoras. Te parece á tí que si tuviera vergüenza no trataría de evitar la presencia de una de las víctimas del bribón de su padre? Un año hace apenas que perdí al mío de resultas de la infamia que cometió con él su amigo cariñoso en cuya casa tenía depositados sus fondos. Una quiebra urdida de aquel modo artero y traidor, hubiera matado á otro cualquiera ménos impresionable que mi padre. Yo me prometí vengar la traición, y ya que no pude en el verdadero autor del atentado, la vengaré en el hijo cuya insolencia y desfachatez me incitan doblemente á cumplir mi promesa. Por de pronto he ofre-

cido darle de bofetadas si vuelve á mirarme con la frescura que suele, y se las daré: vaya si se las daré! Como me llamo Francisco.

RAIM. Harás mal, muy mal. El no es responsable de lo que su padre hizo con el tuyo. Fuera de que la quiebra no debió favorecerle gran cosa, porque ya ves que Eustaquio necesita de todo el fruto de su trabajo para vivir.

VEGA. Esa es una de sus hipocresías. Estoy seguro de que tiene mucho más de lo que parece.

RAIM. Eso se queda para tí, pícaro.

VEGA. Cómo para mí?

RAIM. También vas á enfadarte conmigo?

VEGA. Es que no sé qué significa...

RAIM. Qué has ido á hacer en Albacete estos días?

VEGA. Ah! Ya! Sabes?...

RAIM. No: yo no sé nada, si tú no quieres decirme nada; pero como siempre me has manifestado cierta íntima confianza, que yo te agradezco mucho, me estrañaría que ahora guardases una reserva inmotivada, si es cierto lo que por ahí se murmura.

VEGA. Qué se murmura?

RAIM. Quieres que te regale el oido, verdad? Pues se murmura que te ha tocado un gran pellizco á la lotería.

VEGA. Jé! jé! (Riéndose.) Y tú qué crees?

RAIM. Ya te ríes. No hay como hablar de dinero para quitarse el mal humor de encima... Yo... yo voy creyendo que es verdad.

VEGA. Lo vas creyendo... por qué?

RAIM. Porque con el génio apacible que tienes, me hubieras echado un millón de venablos por la boca á la hora presente, si fuese mentira.

VEGA. Ea! Pues .. es verdad, hombre, es verdad. Llevaba en Albacete décimo y medio de un número que hace años tiene allí apartado un amigo mío, y nos ha caído el premio mayor.

RAIM. El mayor? de modo que te han correspondido?...

VEGA. Siete mil quinientos duros.

RAIM. Siete mil quinientos!...

VEGA. Que están aquí: (Señalando el pecho) sobre el

corazón: en billetes de Banco. Nadie lo sabe más que tú; ni mi mujer á quien la he desorientado porque quiero darla una sorpresa.

RAIM. Cómo?

VEGA. Regalándole pasado mañana, día de su santo, una hermosa finca que tiene encargo de vender Herraiz el notario, al cual le he dicho que me espere esta noche en su casa para hablarle de un asunto. El asunto se reduce á entregarle el dinero á fin de que mañana mismo haga la escritura, y pasado se la pueda yo presentar á mi mujer. Ya estás enterado de todo.

RAIM. Gracias á que yo te lo he preguntado.

VEGA. O no. Precisamente al entrar aquí pensaba hablarte de esto también, porque sé que me estimas, y que eres reservado, y no le dirás una palabra á mi mujer hasta que yo le dé la sorpresa.

RAIM. Pierde cuidado.

VEGA. Y además, porque quiero que pasado mañana celebremos el día comiendo juntos. Vendrá Estéban, por supuesto A mi hijo le toca salir del colegio, y aunque es más joven que el tuyo, ellos se entenderán para divertirse lo mejor que puedan.

RAIM. Perfectamente. Celebraremos todos tu buena fortuna.

VEGA. No me hacía poca falta, porque á consecuencia de la bribonada del padre de Eustaquio .. maldito él y su estampa! yo no tenía más que la dote de mi mujer: lo necesario estrictamente para vivir.

RAIM. Ya! (Dando un suspiro.)

VEGA. Ahora es otra cosa, y naturalmente hay que celebrar estas chiripas

RAIM. Pues que sea por muchos años.

VEGA. Gracias, Raimundo. Así lo espero. Conque ya sabes... pasado mañana arroz y gallo muerto!

RAIM. Bueno, hombre, bueno. Adios. (Vase Vega por el foro.)

ESCENA VII.

RAIMUNDO. Le acompaña hasta la puerta del fondo y le sigue con la vista por el pasillo adelante, mirándole con envidia y con ódio. Luego vuelve al centro de la escena, muy preocupado y con mal talante.

Era verdad!... Siete mil quinientos duros, nada menos! Y el muy salvaje quiere que yo le ayude á festejar su buena suerte; que yo me regocije con él y con su familia porque tiene asegurado su porvenir .. mientras mi hijo y yo nos morimos de hambre. (Con profundo sarcasmo.) Providencia divina!

ESCENA VIII.

RAIMUNDO. — ESTEBAN.

EST. (Entrando por el foro muy contento.) Padre! Padre!

RAIM. (Cambiando de gesto y de tono.) Hola, hijo míol.

EST. Mire usted este dibujo (Desdoblando un pliego de papel en que está dibujada la cabeza de un gladiador romano.) Mírele usted bien! Qué tal?

RAIM. Hermoso! (Contemplando el dibujo con gran satisfacción)

EST. Eso mismo ha dicho el profesor, dándome un abrazo... y usted sin dármelo todavía!

RAIM. (Abrazándole con efusión) Un abrazo?... El alma y la vida y el mundo entero, si lo tuviera, sería para tí. (Volviendo á mirar el dibujo.) Verdaderamente es un asombro... y creo que tenías razón: hay algo ahí de mi fisonomía y de mi gesto.

EST. Vaya! Se parece mucho á usted. Quién sabe si esta cara me servirá algún día para hacer el mejor de mis cuadros?

RAIM. Puede ser. Ponlo ahí, sobre la cómoda, y vete á cenar.

EST. Y usted?

RAIM. Cenaré luego: ahora no tengo apetito. Calla! se

oyen pasos en el callejón y rumor de voces... (Va á acercarse á la ventana.)

EST. Serán el señor Vega y don Eustaquio. Los he visto hablar con mucho fuego, y me ha parecido que venían hacia ahí.

RAIM. En efecto: ahí están. (Mirando por la ventana.)

EST. Y por qué andan siempre á la greña?

RAIM. Qué se yo? Cosas de ellos... Vete á cenar con la tía: anda! (Vase Estéban puerta izquierda primera.

ESCENA IX.

RAIMUNDO, en la ventana.

Sí! Ellos son... Ese Vega está loco, y... Eh! Coge á Eustaquio por la solapa... le abofetea... Ah! Vega cae... Muerto!.. Eustaquio huye!... Nadie en el callejón... y ese hombre lleva un capital en el bolsillo... (Breve instante de lucha interior que debe reflejarse en el rostro y los gestos del actor. Por fin se resuelve á salir y viene María en aquel momento.)

ESCENA X.

RAIMUNDO.—MARÍA.

MAR. Raimundo?

RAIM. (Despechado.) Qué!

MAR. Por qué no vienes á cenar?

RAIM. Déjame!

MAR. Qué te pasa?

RAIM. (Dudando.) Eustaquio ha matado á Vega, y voy á socorrerle.

MAR. Jesús!

RAIM. Silencio! Y vete de ahí...

MAR. Pero...

RAIM. Déjame... Voto al infierno! (Vase precipitadamente.)

ESCENA XI.

MARÍA, sola.

Dios mío! Es posible que el odio lleve á ese extremo de barbárie? (Se acerca á la ventana y observa.) Sí .. Decía bien... Allí hay un bulto... Es él .. Está muerto... Raimundo llega... Le pone la mano sobre el pecho... Pero Vega se mueve... Levanta la cabeza... Quiere incorporarse... Mi hermano habla con él... Forcejea... Recoje algo del suelo... algo que brilla... (Una pausa breve. María dá un grito reconcentrado.) Vírgen del Cármen! (Se separa de la ventana manifestando el mayor espanto y cae anonadada en una silla.)

ESCENA XII.

MARÍA.—ESTÉBAN, por la puerta izquierda.

EST. Tía! Qué sucede?

MAR. (Levantándose.) Nada, hijo, nada... vete, por Dios!

EST. Está usted pálida y temblorosa.

MAR. No sé... no sé .. Dios mío!... Un sueño... un sueño horrible!... Vuélvete al comedor... Que tú no veas...

EST. Qué he de ver?... (En este momento aparece en la puerta del foro Raimundo, jadeante y descompuesto.) Padre!...

RAIM. Silencio!... Qué haces ahí? Vete!... No digo que se vaya? (A María que le empuja suavemente hacia la puerta izquierda por donde desaparece. María cierra la puerta.)

EST. (Al marcharse,) (Qué es esto?)

ESCENA XIII.

RAIMUNDO.—MARÍA.

RAIM. (Se mira las manos y la ropa á ver si hay sangre.) (Nada!... No hay nada!)

MAR. (Casi sollozando.) Miserable, qué has hecho?

RAIM. Yo!

MAR. Tú! .. Te he visto desde ahí... asesino! (Con voz muy baja)

RAIM. (Precipitándose sobre ella.) Calla,.. ó mueres tú también!

MAR. Valiera más que vivir en esta horrible noche.

RAIM. Callarás?. . Ni una palabra, ni una insinuación, ni un gesto... Por mi hijo, sobre todo... Por él lo he hecho; pero que lo ignore siempre! Entiendes?

MAR. Raimundo!

RAIM. (Dándole un papel ordinario con manchas de sangre.) Toma. Este papel ensangrentado... Quémalo... Quémalo bien!

MAR. Ah! no... Harto quema él las manos que le tocan.

RAIM. Te atreves á contrariarme?... Quémalo, digo, y calla y obedece, ó juro por mi vida que te mato. —Vé, y acompaña á Estéban... Que no venga ahora por aquí (Vase María por la puerta izquierda, casi tambaleándose y presa del mayor espanto.)

ESCENA XIV.

RAIMUNDO. Mirando á todas partes con terror, pero procurando tranquilizarse poco á poco.

No!... Nadie me ha visto... Nadie lo sabe... Sólo mi hermana!... Pero ella callará... Sí, callará! La conozco bien: es incapaz de delatarme... Aquí está el dinero ... la fortuna... el porvenir de mi hijo!... He hecho mal?... Es un crímen lo que yo he cometido?... Qué voz extraña, íntima, pro-

funda, contesta aquí dentro como eco de otra voz que viniera de regiones desconocidas? Soy yo el que me acuso á mí mismo?... Imposible! Absurdo!... Sin embargo, es dentro de mí donde resuena el eco... No en el pensamiento que se agita en tempestad de contradicciones, sino cerca del corazón... aquí, en lo más hondo del pecho .. De dónde viene esa voz? Por dónde ha penetrado en mi sér? De qué garganta sale? Qué lábios la emiten?... Ah! conciencia es tu nombre; de fiscal haces oficio... Pues también tú callarás, ó me arrancaré las entrañas para que en ellas no palpite tu voz acusadora.

ESCENA XV.

RAIMUNDO. - EUSTAQUIO que entra por la puerta del foro como quien huye despavorido.

EUST. Raimundo!

RAIM. (Con terror.) Eh!... Eustaquio! .. A qué vienes? Para qué me buscas? (Si sabrá?...)

EUST. Ampárame... en nombre de Dios... en nombre de mi hija...

RAIM. A tí? Por qué?

EUST. Huyo hace un rato como un loco, y al fin vengo á refugiarme en la misma casa de la víctima.

RAIM. Qué víctima?

EUST. Vega.

RAIM. Le has... herido?

EUST. No sé: herido ó muerto. Me insultó de nuevo... y le sufrí... me abofeteó, y perdí la razón: saqué el cuchillo, cerré los ojos, tiré varios golpes... cayó... huí... y aquí estoy, Raimundo, aterrado de mí mismo, medroso de la justicia, y pensando en el porvenir de mi pobre hija, si me cojen y me condenan.

RAIM. Y qué quieres que yo haga?

EUST. Yo mismo lo ignoro. Pero ya comprendes que á mi casa no puedo volver. Cuando se sepa lo sucedido, todo el mundo me acusará á mí, y con

razón. He dicho en público que mataría á Vega si me abofeteaba. Está herido? Me delatará él. Está muerto? Me delatará todo el muudo.

RAIM. Pues no hay más sino salir de Valencia cuanto antes.

EUST. A dónde?

RAIM. A un pueblo inmediato... A Torrente... á cualquier parte Mañana te llevaré yo mismo lo necesario para que huyas á Madrid y después al extranjero.

EUST. Dices bien. A Torrente.

RAIM. Por ahí (Señalando la segunda puerta izquierda.) salrdás á un corral: abres la puerta que da muy cerca del campo, y huyes, y mañana cuenta conmigo.

EUST. Oh! gracias, Raimundo (Va á salir y vienen María y Estéban.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—MARÍA.—ESTÉBAN.—Rumor de gente en el callejón.

MAR. Eustaquio! A dónde va?

RAIM. Déjale huir.

MAR. Imposible: han cercado la casa.

RAIM. }
EUST. } Qué? (Con terror.)

EST. (Que atraido por el rumor se ha acercado á la ventana.) Las gentes se arremolinan en el callejón... Una mujer llora y grita al rededor de un cadáver...

EUST. (Ah!)

RAIM. (Quitando violentamente de la ventana á Estéban) Apártate de aquí... Tú no debes contemplar ese espectáculo.

EST. Pero...

MAR. Suben la escalera...

EUST. Ocultadme .. Raimundo... María!... Por la hija de mi alma!

RAIM. Pero dónde?

MAR. (Oh Dios mío! Qué horrible situación?)

EUST. No oyes que llegan?... En cualquier parte... (El rumor se acerca.)

RAIM. (Empujando á Eustaquio á la habitación derecha primer término.) Entra ahí. (Apenas cierra la puerta aparecen en la del fondo un inspector, varios agentes y vecinos y curiosos.)

ESCENA XVII.

DICHOS menos EUSTAQUIO.—EL INSPECTOR.—Agentes y vecinos.

INSP. En nombre de la ley, dénse todos á prisión.

RAIM. A prisión? Por qué? (Estoy perdido!)

INSP. Francisco Rodríguez Vega acaba de ser asesinado bajo esa ventana.

RAIM. Y qué?

INSP. Se dice que el asesino está aquí.

RAIM. Mentira! Yo no he asesinado á Vega... Es una vil calumnia.

INSP. Quién le acusa á usted?

RAIM. Quién me acusa?... Usted mismo, cuando quiere reducirme á prisión.

INSP. Preventivamente, mientras se descubre al criminal.

RAIM. (Ah!)

EST. (Viendo que María desfallece.) (Tía!)

MAR. (Sosténme... que me muero.)

EST. (Valor!)

INSP. Alguien asegura que han visto entrar á un hombre en esta casa huyendo de la justicia.

RAIM. Aquí no... ha entrado nadie.

INSP. Registrad las habitaciones. (A los agentes.)

MAR. No! Señor Inspector... Yo juro...

RAIM. (Sujetándola con fuerza y aparte.) Qué vas á hacer, desventurada?

MAR. (Ay de mí!)

INSP. (A los agentes.) Obedeced!

ESCENA XVIII.

DICHOS.—EUSTAQUIO, saliendo.

EUST. Es inútil! A nadie se acuse... á nadie se moleste. El matador de Vega soy yo. (Rumor entre los vecinos y curiosos.)

INSP. Eustaquio San Román?

EUST. Ese es mi nombre.

INSP. A ese busco... Prendedle.

EUST. No trato de huir. Iré donde usted quiera.

MAR. Oh! Esto es una infamia...

RAIM. María!

MAR. (Rompiendo á llorar y cayendo en una silla.) Vírgen de mi alma!... Piedad... piedad de mí.

EST. Tía!

EUST. Pobre mujer! Le duele mi desdicha... Raimundo.. adios! Mi esposa enferma... mi Angelina adorada... sin nadie que la ampare... Cuida tú de ellas, amigo mío...

RAIM. Sí... sí... yo cuidaré...

EST. Yo, don Eustaquio, yo velaré por Angelina y por su madre.

EUST. (Abrazándole.) Gracias, querido Estéban... Gracias, Raimundo...

RAIM. (Estrujándose el pecho.) (Calla, corazón!)

EUST. (Al Inspector.) Vamos. (Eustaquio, el Inspector, Agentes y vecinos van desapareciendo lentamente por el foro.)

RAIM. (Abrazando á Estéban.) Estéban... hijo mío... me quieres?

EST. Padre! Eso me pregunta?

RAIM. Sí... sí! Es verdad! Me quieres como yo á tí... (Aparte teniéndole abrazado.) Todo por él, por su porvenir, por su gloria!.. (Mirando alternativamente a la ventana y á la puerta.) A uno la muerte... á otro la condena... Y qué? Náufragos de la vida, al abismo! Hijos de la fortuna, á la cumbre! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

LUCAS G.z HERNANDEZ
BÉJAR

LUCAS G.ª HERNANDEZ
BÉJAR

ACTO SEGUNDO.

Habitación elegante con puertas laterales y otra en el fondo derecha, que es la de entrada. En el centro otra ancha puerta por donde se ve un gabinete con mesa de despacho y muebles de buen gusto En el fondo izquierda un secreter. Un veladorcito á un lado de la escena, sofá, butacas, sillas volantes, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANGELINA, luego UN CRIADO.

ANG. Parece que don Raimundo tiene para rato con su hermana. (Observando en la puerta derecha.) Aprovecharé la ocasión. (Se retira y toca un timbre.)

CRIADO. (Sale.) Ha llamado la señorita?

ANG. Diga usted al señor Bustamante, al nuevo cajero...

CRIADO. Ya sé.

ANG. Que tenga la bondad de venir. (El Criado saluda y se va) Ya que la pobre María quiere valerse de mí para hacer esta obra de caridad á la familia del infortunado Vega, hagámosla en este día solemne en que va á decidirse la suerte de mi querido Estéban. Quién sabe si Dios premiará esta buena acción concediéndome la dicha de ver á Estéban aclamado como genio del arte y orgullo de su patria!

ESCENA II.

ANGELINA.—BUSTAMANTE.

BUSTAM. Señorita...

ANG. Ah! Perdone usted que le haya molestado...

BUSTAM. Puede usted mandarme... (Con respeto, pero con cierta sequedad en toda la escena.)

ANG. No: en esta casa no tengo derecho de mandar á nadie; pero puedo suplicar á todos.

BUSTAM. Estoy á sus órdenes.

ANG. (Con cierto misterio.) No quisiera que don Raimundo se enterase... y usted tampoco ha de decirle una palabra

BUSTAM Yo se lo prometo.

ANG. Hace pocos días, dijo usted que conocía á la familia de Vega.

BUSTAM. Es cierto.

ANG. Ya sabe usted que mi padre fué...

BUSTAM. Sí... el matador de aquel hombre.

ANG. Yo, infeliz de mí! quisiera hacer á esa familia todo el bien que estuviese en mi mano... pero soy pobre; estoy hace ocho años recogida como de limosna en esta casa...

BUSTAM. La buena voluntad del pobre vale más á veces que el donativo del poderoso.

ANG. Pues bien: entre María y yo hemos resuelto dedicar todos nuestros ahorros al alivio de la familia de Vega... Usted se encargará de remitirle el dinero, eh?; por de pronto aquí tiene usted este billete que estaba destinado á la compra de un vestido.

BUSTAM. Hermoso rasgo que honra á ustedes dos... Pero casualmente supe... ayer, que el hijo de Vega había obtenido una colocación muy ventajosa con que puede sostener á su madre, y tengo para mí que esta circunstancia les impedirá aceptar nada de quien, sin culpa alguna, lleva un nombre que no puede sonar bien es sus oídos.

ANG. Ah! Desgracia es que la sangre derramada ponga obstáculos hasta á la caridad del inocente.

BUSTAM. Señorita... yo. .

ANG. Dice usted bien... (Aparte.) Si acaso esa misma sangre abrirá un abismo entre el corazón de Estéban y el mío!.. María me habla á veces de un modo... (Alto.) Hay tantos pobres que no miran la mano que les da... Ellos recibirán esta suma y tal vez sus oraciones harán que Estéban obtenga hoy la corona del triunfo... (Don Raimundo sale por la puerta izquierda muy preocupado. Angelina va á recojer su labor y Bustamante se retira al fondo, observando á don Raimundo.)

ESCENA III.

DICHOS.—DON RAIMUNDO.

RAIM. (Aparte, en el umbral de la puerta y mirando hacia dentro.) El silencio de ocho años consume su vida y cuanto más se acerca el fin más pugnan sus labios por hablar... No: no hablará!

BUSTAM. (Aparte.) Sombras perpétuas en su rostro... Recelo constante en su mirada...

RAIM. (Aparte.) Pero si hoy, cuando vuelve mi hijo de Roma con un nombre ilustre, quisiera pronunciar una palabra... Ni pensarlo!... Ni pensarlo!... (Se vuelve y ve á Angelita y Bustamante.) Eh!... ustedes aquí!...

ANG. He llamado á Bustamante para que me hiciese el favor de dibujarme unas letras...

BUSTAM. Cierto, y cumplido el encargo me retiro con su licencia. (Vase.)

ESCENA IV.

DON RAIMUNDO.—ANGELINA.

RAIM. Y esas iniciales?

ANG. No las vea usted todavía.

RAIM. Hola! Un secreto?

ANG. Una sorpresa.

RAIM. Para quién? (Angelina quiere contestar y no sabe cómo.) (Le ama!) Si no quieres decirlo...

ANG. No va usted á ver si el jurado ha resuelto ya el premio que merece... «La muerte del Gladiador?»

RAIM. Estéban...

ANG. Estéban... Todos los que han visto el cuadro se hacen lenguas de su mérito.

RAIM. Y con razón. El cuadro es una maravilla.

ANG. Aun así... Siento una inquietud... un temblor...

RAIM. Lo comprendo. Yo estoy agitado desde que amaneció. La única persona que en la casa no manifiesta interés ninguno por el éxito de Estéban, es mi hermana.

ANG. No diga usted eso. Bastante tiene la pobre con su enfermedad. Si viera usted qué noches tan horribles pasa!...

RAIM. (Alarmado.) Qué?... Delira?... Sueña?... Dice algo que...

ANG. Infeliz! Qué ha de decir, si apenas puede respirar cuando le dán esos ahogos! Temo que el día menos pensado se quede en uno. Ya sabe usted que el médico no pronostica nada bueno.

RAIM. Lo sé; pero los médicos exajeran.

ANG. Ah! no. Desde la llegada de Estéban, sobre todo, advierto en ella un malestar más hondo que de costumbre.

RAIM. Y algo de estravío en su razón, verdad?

ANG. Tal vez, porque en ocasiones me abraza y me besa con una ternura, que me recuerda á mi propia madre; y otras veces me rechaza con horror, y clava en mí sus ojos espantados de una manera ..

RAIM. (Con terror.) Pero nunca te ha dicho!...

ANG. Nada: generalmente acaba por echarse á llorar diciéndome que la quiera mucho, porque mi cariño la consuela y la redime.

RAIM. Alternativas naturales de su enfermedad.

ANG. Quiere usted que la haga compañía mientras usted va á la Exposición?

RAIM. Sí; y procura distraerla hablándola de cosas entretenidas y risueñas...

ANG. Vaya! Hoy precisamente quiero hablarle de un asunto muy agradable, y que me interesa... (Con intención.)

RAIM. De qué asunto?

ANG. (Con cierta cortedad.) Ya lo sabrá usted... Hasta luego.

RAIM. Hasta luego. (Angelina se va por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

DON RAIMUNDO, solo.

El recelo siempre vigilante en mi espíritu; la inquietud como llama inextinguible abrasando á todas horas mi corazón... y así un día y otro día. y un año y otro año, sin que la fiebre del trabajo y la sed del lucro hayan jamás logrado ni extinguir la inquietud ni amortiguar el recelo... Rico, poderoso y á punto quizá de ver sobre la frente de mi hijo la corona de la inmortalidad, puedo decir como los grandes conquistadores: Maté, despojé, sembré de víctimas mi camino, pero vencí! . Si en vez de un hombre hubieran sido cien mil los muertos: si en vez de un puñado de oro hubiese robado una provincia ó un reino, el mundo me aclamaría como genio ó me adoraría como dios... La ley de la fuerza rigiendo eternamente los destinos de la humanidad .. Y sin embargo, no hay paz ni sosiego para mí... Vivo pendiente de los labios de una mujer enferma que se muere de un largo silencio de ocho años... Miro á la hija de San Román, y tiemblo de que un día pueda decirme: malvado, por qué dejaste condenar á mi padre? Contemplo á mi Estéban, la fe y el ídolo de mi vida, y me estremece la idea de que él, encarnación de toda virtud, llegue á saber qué especie de sangre corre por sus venas, y me aborrezca

y me maldiga!... (Transición violenta.)... Oh! no! no!... Antes mil veces se desplome el mundo sobre nosotros, y todo se pulverice y aniquile y no quede en los aires ni el eco de una voz que me acuse ante el hijo de mi alma!...

ESCENA VI.

DON RAIMUNDO.—SANTIAGO, por el foro derecha.

SANT. Ah! usted dispense.

RAIM. (Cambiando rápidamente de fisonomía y de tono.) Don Santiago!... Tanto gusto en verle...

SANT. Me han dicho que esperase aquí á Bustamante...

RAIM. Sí... sí... Viene usted á saludar á su recomendado?

SANT. Y que tal se porta?

RAIM Es un joven excelente...

SANT. Me complace mucho oirlo de sus labios.

RAIM. Siento no detenerme más; pero corro á la Exposición porque ya sabrá usted...

SANT. Sí: que hoy acuerda los premios el jurado.

RAIM. Adios, pues, amigo mío... adios.

SANT. Adios, don Raimundo. (Don Raimundo se vá por el foro derecha, no sin echar antes una mirada de inquietud á la habitación de María.)

ESCENA VII.

SANTIAGO.—BUSTAMANTE, puerta derecha primer término.

BUSTAM. Santiago, eras tú?

SANT. El mismo.

BUSTAM. Cuándo has llegado de Cartagena?

SANT. Hace dos horas.

BUSTAM. Es inútil que te pondere el interés con que voy á escucharte. Habla, pero con cautela, porque pueden oirnos.

SANT. Ante todo, vamos á ver: han sospechado algo en la casa? Se fian de tí? Te estiman?

BUSTAM. Todos sin escepción. Desde que gracias á tí pude obtener en el despacho de don Raimundo la plaza de cajero, Bustamante es para todos el servidor más leal y la persona más complaciente que han visto en su vida. Y como nadie me conoce sino por el apellido de mi madre, están ellos tan léjos de sospechar quién soy, que de seguro me confiarían los asuntos más graves sin el menor recelo.

SANT. Y por tu parte, has logrado brujulear alguna cosa?

BUSTAM. Cuando me presentaron á Angelina, declaré con fingida sencillez que conocía á la viuda y al hijo de Vega, pintándolos su posición con tristes colores, y advertí en todos una turbación extraña. Desde entonces observé que entre don Raimundo y su hermana María hay un secreto importante que á él le estremece y á ella le agobia.

SANT. En qué te fundas?

BUSTAM. Qué se yo? En mil detalles insignificantes quizá para todos, pero muy significativos para mí.

SANT. Pero dato cierto, seguro, evidente? ..

BUSTAM. Ninguno.

SANT. Sin embargo, aquel amigo residente en Albacete que fué el primero que te habló del premio de la lotería, cuyo importe debía llevar tu padre en el bolsillo el día de su muerte...

BUSTAM. Ese amigo me ha contestado en tu ausencia. Ya sabes que él me sugirió la idea de introducirme en esta casa como dependiente, para ver si podía rastrear la pista de aquél dinero.

SANT. Pero no te da nueva luz?

BUSTAM. Algo que explica á lo menos el silencio de mi padre Dice que sus últimas palabras al despedirse para Valencia, fueron estas: «¡Qué sorpresa le voy á dar á mi mujer el día de su santo!»

SANT. Efectivamente. Eso explica que tu padre no quisiera decir nada hasta el día señalado para dar la sorpresa que proyectaba. Pero, cómo se explica que llevase consigo la cantidad?

BUSTAM. No lo sé.

SANT. Tú no recuerdas ningún otro dato?...

BUSTAM. No.

SANT. Bueno: Pues por lo que toca á la comisión que me diste cuando fuí á Cartagena, debo decirte, sin que te ofendas, que Eustaquio San Román, el matador de tu padre, me ha parecido un hombre de bien á carta cabal.

BUSTAM. Un asesino!

SANT. Chist! Baja tu voz, y escucha la mía que es imparcial y sincera.—Digo que el aspecto de San Román, es el de un hombre honrado. Todo en él, hasta su rostro pálido y enfermizo, pugna con la librea ignominiosa que viste. Ya sé que las apariencias engañan, pero es que además tiene San Román á favor suyo una conducta irreprochable, seguida constantemente en los ocho años que lleva de cadena; y esto es algo, me parece á mí.

BUSTAM. (Con cierto desdén.) Continúa.

SANT. Pues bien. El hecho es que San Román nos explicó el... suceso...

BUSTAM. El crimen.

SANT. El crimen... con una ingenuidad, con una sencillez que no nos permitían poner en duda la exactitud del relato. Confirmó en todo sus primitivas declaraciones, y al hablarle del dinero que tu padre llevaba consigo...—«Nada sé de eso, me contestó, y juro por la memoria de mi mujer, á quien amaba mucho, y por la salud de mi hija, á quien adoro, que no me pasó nunca por la imaginación la idea de robar á Vega. Ciego de ira le maté, pero juro de nuevo que ni á él, ni á nadie le he robado en mi vida el valor de un alfiler.»—No dándome todavía por satisfecho, le llamé la atención sobre la extraña coincidencia de que don Raimundo Carbonell, su amigo, hubiese comenzado á prosperar desde aquella triste fecha, y acogiese á Angelina en su casa con tan sospechosa generosidad.—«Señor, me dijo con un acento de humildad verdaderamente simpático: Yo no debo juzgar á un hombre que se porta con mi hija como pudiera portarse un hermano mío. Estéban y Angelina se

quieren desde la infancia, y nosotros hemos visto siempre con buenos ojos el amor de los muchachos Que Raimundo está en excelente posición? Que coincide el principio de su prosperidad con la muerte de Vega? Sobre esto yo no puedo decir una palabra, porque nada sé. Si ha cometido alguna falta, que Dios le juzgue y le perdone: por mi parte, me limito á agradecerle con toda el alma los favores que me ha dispensado »

BUSTAM. De modo que, á tu parecer, San Román no tenía noticia ninguna del dinero de mi padre, y por consiguiente no se lo entregó á don Raimundo, como yo sospechaba?

SANT. Esa es mi convicción íntima y esa es la del director del penal. San Román fué un homicida: no un asesino ni un ladrón.

BUSTAM. (Paseandose por la escena) Y sin embargo hoy mismo me ofrecía Angelina entregarme todos sus ahorros para la familia de Vega; para la mía.

SANT. Y qué! Eso prueba la bondad de su alma y no otra cosa.

BUSTAM. Además, el amigo de mi padre, el de Albacete, no me ha engañado.

SANT. Claro está que no. Pero, y si tu padre perdió ese dinero, ó pagó alguna deuda atrasada... ó lo jugó y por eso no quiso decir nada á tu madre?

BUSTAM. No era jugador, ni tenía deudas

SANT. Véte á saber .. Quizá se le extravió en el camino...

BUSTAM. Quizá!... quizá!... Hay otros quizás tan posibles como ese: San Román huyó después de matar á mi padre. Quién te dice que don Raimundo no bajó en seguida al callejón, antes de que acudiera gente, y despojó al cadaver de los valores que llevaba? Es esto imposible, por ventura?

SANT. Imposible, no.

BUSTAM. Pues ahí verás.

SANT. Pero es aventurado é injusto fundar en una sospecha tan vaga oomo esa todo un sistema de espionaje contra un hombre que...

BUSTAM. Contra un hombre que desde entónces acá no ha reparado en medios para aumentar sus riquezas; contra un hombre que afirma que en el mundo no hay más ley que la ley de la fuerza; contra un hombre que no tiene más Dios, ni más amor, que su hijo, por el cual está dispuesto á sacrificarlo todo, hasta su alma, si creyera en ella. Contra ese hombre puedo lícitamente fundar mi espionaje en una simple sospecha, porque quien, como él, no conoce más regla de moralidad que la conveniencia, ni más temor que el temor al Código, es un criminal en gérmen que solo necesita la ocasión para manifestarse, como la simiente necesita la tierra para brotar.

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON RAIMUNDO, por el foro derecha.

RAIM. (Muy contento.) Bustamante, triunfo completo!... Día de gloria .. el día más feliz de mi vida... Ah! perdone usted, don Santiago.

BUSTAM. Qué ocurre?

RAIM. Y lo pregunta usted? Y no lo adivina?...

SANT. Estéban ha obtenido un premio...

RAIM. Cómo un premio? El premio de honor; el diploma que le da categoría de artista de primer orden; el timbre que pone su apellido—el mío! el mío!—entre los de esa gran aristocracia del genio, que es la verdadera aristocracia de la humanidad.

BUSTAM. Pero él?...

RAIM. No sé dónde está. Creo que se lo han llevado los amigos poco menos que en triunfo. Yo supe la noticia en cuanto el jurado tomó el acuerdo... Busqué á Estéban, y ya había desaparecido.

SANT. Reciba usted nuestro parabién.

BUSTAM. Nuestra más cordial enhorabuena.

RAIM. La recibo... vaya! Pues no la he de recibir? Si me la doy yo á mí mismo á cada momento!—Sí, Raimundo; recibe una y mil veces la enho-

rabuena. Ya has logrado tu propósito: ya ves á tu hijo donde querías verle; ya están recompensados tus desvelos, tus sacrificios, tus horas amargas, tus .. (Va á decir crímenes ó remordimientos, y se detiene, pasándose la mano por el rostro como para alejar ideas sombrías, y luego continúa dominándose.) tus sacrificios—ya lo he dicho: eso es;—tus sacrificios; tus largos años de trabajo, de angustia y de desesperación.

BUSTAM. Cierto: lucha titánica sostenida contra la necesidad—porque usted no era rico.

RAIM. Qué había de serlo?

BUSTAM. Contra la suerte--porque usted no era afortunado

RAIM. Yo afortunado!

BUSTAM. Contra el mundo entero—porque el mundo entero opone obstáculos á la labor constante de la vida.

RAIM. Verdad! Profunda verdad que ustedes no pueden comprender todavía porque no son padres. Luchar á brazo partido contra el mundo entero, como usted dice, para llegar á este resultado: hé aquí el único objeto de mi existencia de ocho años á esta parte. Y he luchado bien, con brío, con arrogancia, con voluntad de hierro; y al fin he vencido—ya lo ven ustedes:—desde la miseria á la riqueza; desde la oscuridad á la gloria; desde el abismo hasta la cumbre. Qué más se puede exijir de mí?

BUSTAM. Hé ahí lo que pueden los grandes caractéres. Esos corazones estrechos que se paran delante de cualquier barrera, de las que ponen en nuestro camino, la sociedad, la moral ó la preocupación, consumen estérilmente sus fuerzas en forjarse escrúpulos, para no llegar nunca á ninguna parte.

RAIM. Justo. Y cuando se trata de un hijo, de su vida de hoy y de mañana, entonces los grandes caractéres multiplican su enerjía, cumpliendo una ley general á todos los séres vivientes del universo.

BUSTAM. La lucha por la existencia.

RAIM. Así se llama esa ley.

BUSTAM. Y así debe llamarse. Es la vida propia á costa de la agena.

RAIM. Por eso el pájaro devora al insecto y el gavilán devora al pájaro...

BUSTAM. Como el hombre fuerte aniquila al débil, y el astuto roba al desprevenido...

RAIM. Basta, basta, señor Bustamante!... (Con marcada turbación)

BUSTAM. Es la ley ineludible de la naturaleza... muy bien hecho, señor don Raimundo, muy bien hecho!... (Aparte á Santiago.) (Ya lo ves: es un malvado: mi corazón lo dice: su rostro lo confirma.) (Rumor dentro.)

ESCENA IX.

DICHOS.—ESTÉBAN, y un criado con una corona de plata en un estuche.

RAIM. Él es, sin duda.

SANT. Rodeado de amigos que le aclaman.

VOZ. (Dentro.) Gloria al genio!

VARIOS. (Aplaudiendo.) Bravo! bravo! (Sale Estéban y el criado con el estuche)

EST. No más, no más!

RAIM. (Arrojándose en sus brazos.) Estéban!

EST. Padre mío!

RAIM. Qué es eso? (Por el estuche)

EST. Una corona con que me obsequian mis amigos.

RAIM. Una corona!... Lo ven ustedes, lo ven ustedes?

SANT. Es digno de todo eso.

RAIM. (Abrazándole de nuevo.) Estéban de mi vida!... Permítanme ustedes que le bese un millón de veces... Es mi hijo! (Le besa enternecido.)

BUSTAM. Justa expansión del cariño que debe gozarse sin testigos importunos.

RAIM. Oh! No! No...

BUSTAM. Con su licencia...

SANT. Hasta luego. (Saludan y se van Bustamante y Santiago.)

ESCENA X.

DON RAIMUNDO.—ESTÉBAN.

EST. Dicen bien. Gocemos á solas de nuestra dicha: saboreemos este triunfo por el cual ha suspirado usted tanto ó más que yo. .

RAIM. Mas que tú, mucho más que tú .. Si no puedes figurarte... Vamos! Que el corazón se me sale por la boca y estoy por echarme á llorar como un chiquillo.

EST. Padre mío! Aunque viviera mil años y en todo ese tiempo no dejara de hacer un sacrificio diario por usted, no le pagaría el amor que me tiene.

RAIM. Te equivocas, Estéban. Me lo has pagado ya de sobra.

EST. Cómo?

RAIM. Con el triunfo de hoy. Te parece poco? Yo ambicionaba el bienestar y la riqueza para tí... Veía á una multitud de necios y bribones nadar en la abundancia, y á tí, con el génio en la frente y la virtud en el corazón, expuesto á derrochar tu energía en la ruda batalla de la necesidad y la miseria... Qué debí hacer? Atropellar por todo con tal de abrirte llana y espaciosa la senda de la vida. Así lo hice, y no en vano; te dí pan, y tú me das gloria, alimenté tu cuerpo y tú ennobleces mi nombre. No es esto pagarme con usura?

EST. No; no hay nada conque pagar el desvelo sin tregua de un padre que, afanosa y honradamente, busca el modo de satisfacer las necesidades de su hijo. Es mérito llegar cuando no hay obstáculos que vencer? El mérito, el honor, la gloria, todo es de usted; mía es solo la obligación de agradecerlo.

RAIM. Corriente, hombre, corriente! Acabarás por decir que... has hecho una vulgaridad, no es esto?

EST. Si es vulgaridad cumplir con los deberes de hijo, vulgaridad es lo que he hecho... Pero además...

necesito que usted lo sepa todo para que se persuada de que no vale mi amor de hijo tanto como su amor de padre.

RAIM. (Con fingido asombro.) Oiga!

EST. Cree usted que este pobre artista en las horas terribles de lucha con el ideal, en los sombríos instantes de desfallecimiento, pedía únicamente á la querida memoria de su padre, inspiración y ánimo para seguir la batalla y alcanzar la victoria? No. Otro sér querido le alentaba desde lejos prometiéndole, como galardón del triunfo, días de ventura inefable, de dulces caricias, de apasionados trasportes .. Ah, padre mío! Hay dos amores inmensos en el corazón del hombre honrado: el amor á quien le dió el sér, y el amor á quien le da la dicha: amor de hijo y amor de amante: esos dos amores fundidos en mi corazón, como se funden en la paleta los colores que dan vida al lienzo, circulaban en ardiente ebullición por todo mi sér, subian luego al cerebro trasformados en vapor vertiginoso, y brotaba al punto el misterioso rayo de luz, creador de la obra artística, á semejanza del eterno Verbo, creador de los mundos que pueblan el espacio.

RAIM. Una mujer, Estéban?

EST. Angelina!... De niño la amé: de hombre la adoro... es el sueño constante de mi vida. . Niéguéme usted el derecho de llamarla mi esposa... y el arte, la gloria, las riquezas, todo me parecerá sombra vana, humo que se pierde... necedad, miseria... nada!

RAIM. (Pasándose la mano por la frente.) Es verdad... os amais desde niños Su padre fué el primero que me habló de esto.

EST. Lo supe... El día mismo en que mató á Vega.

RAIM. (Con gran turbación y sombrío acento.) Sí! Aquel día. . lo recuerdo bien.

EST. Hay fechas que no se olvidan.

RAIM. Cierto. . Hay fechas que no se olvidan nunca.

EST. Aquella está marcada con sangre.

RAIM. Con sangre!... (Presa de terror.) Sangre de un amigo indefenso, descuidado...

EST. Ah! No prosiga usted. Adivino cuanto me va usted á decir; que el padre de Angelina mató alevosamente á aquel hombre.

RAIM. Eso!... eso es!

EST. Que el muerto era amigo íntimo de usted, y que sería como una especie de complicidad por nuestra parte dar entrada en la familia á la hija del matador.

RAIM. Justamente; también eso iba á decir.

EST. Más aún: que ella es hija de un presidiario, y que esta alianza desdora en cierto modo mi reputación y la honradez intachable del apellido que debo á usted. . No es esto?

RAIM. Sí; sin duda alguna; así es.

EST. Ya ve usted que todo lo he meditado, y nada puede usted decirme que yo no me haya dicho antes á mí mismo .. Pues bien, padre mío...

RAIM. Qué?

EST. La adoro, la adoro, la adoro!... Lo he dicho ya: el arte, la gloria, las riquezas, todo es nada... Ella sola es todo!

RAIM. Tanto amor ofende al mío.,. Lo quisiera yo para mí sin repartirlo con nadie.

EST. Egoismo!..

RAIM. El tuyo .. Decías bien que tu amor de hijo no vale lo que mi amor de padre.

EST. Pero vale tanto como tiene usted derecho á exigir de mí.

RAIM. Si lo pusiera á prueba!...

EST. Se convencería usted de que digo la verdad.

RAIM. A ver: me amarías siempre aunque te dijeran que yo era un malvodo?

EST. Ahogaría al calumniador, y le amaría á usted.

RAIM. Pero supongamos que no era calumniador, y que no podías ahogarle... me amarías lo mismo?

EST. A qué hacer esas suposiciones absurdas?

RAIM. Contesta: me amarías lo mismo?

EST. Pero padre!...

RAIM. Contesta... ó es que no te atreves á decir que no?

EST. Me atrevo á todo... me atrevo á decir que sí. Ya ve usted si le amo.

RAIM. Hijo mío!. . Otra prueba... Y si yo te dijera que no debes casarte con Angelina?

EST. Padre... Usted olvida que se abolió la prueba del torneto... Quiere usted resucitar la Inquisición para mí?

RAIM. Quiero ver cuál de los dos ocupa el primer lugar en tu corazón: Angelina ó yo

EST. Averiguaría usted qué planeta ocupa el primer lugar en el espacio infinito? Pues tan imposible como esto es lo que usted pretende.

RAIM. Responde sencillamente á mi pregunta, y deja que yo saque las consecuencias á mi gusto. Qué harías si yo me opusiese á tu casamiento con Angelina?

EST. Pregunta por pregunta. Qué haría usted si supiera que robándome á Angelina me robaba usted la felicidad para siempre?

RAIM. Oh! darte su mano sin vacilar.

EST. Pues yo la renuncio si usted me lo manda.

RAIM. Nunca, Estéban, nunca! Sé feliz con ella. Eres el mejor de los hijos.

EST. No: soy hijo del mejor de los padres.

ESCENA XI.

DICHOS.—ANGELINA, con tristeza que trata de disimular.

ANG. Eso es: ustedes aquí tan satisfechos, y nosotras sin saber una palabra.

EST. Angelina!

ANG. Gracias que Bustamante ha ido á decirnos lo que ocurre. El premio de honor... una corona...

RAIM. (A Estéban con afectada malicia.) Y un pañuelo con tus iniciales primorosamente bordadas por una mano encantadora.

EST. Y algo más, mucho más que todo esto, que yo tengo que anunciarte, Angelina, y que debemos á la bondad de mi querido padre.

RAIM. Tú se lo dirás á ella, y yo se lo diré á María.—Cómo se siente? (A Angelina.)

ANG. Más agitada que nunca.

RAIM. (Aparte.) Oh! Si pretende acibarar este día de gloria... ay de ella! (Vase izquierda primer término.)

ESCENA XII.

ESTEBAN.—ANGELINA.

EST. Angelina!

ANG. Estéban! .. Vas á hablarme de nuestro amor?... Oh! no... Hablemos de tu triunfo, de tu felicidad... y déjame á mí á solas con mi desventura.

EST. Cómo?

ANG. No... no: no es eso. Habrás entendido quizá que siento que me quieras? Ya ves si es desatino...

EST. Por eso no lo he entendido así... ni de ningún otro modo, porque en realidad no sé lo que has querido decir.

ANG. Me prometes no enfadarte, y oir con calma algunas reflexiones que voy á hacerte?

EST. Tú, en un día como hoy, vas á hacerme reflexiones que pueden disgustarme... No me amas?

ANG. Sí te amo!

EST. No tienes fé en mí?

ANG. Más que en mi misma, y no creo que nadie sea capaz de amarte como yo.

EST. Entonces, qué ha de haber en el mundo que me disguste? Nos amamos... Eso es todo: qué importa lo demás?

ANG. Ah! sí: importa que nuestro matrimonio se realice sin obstáculos.

EST. Obstáculos?... Bah! Quién los pone á nuestra unión? ó crees que mi padre?... No, Angelina, no temas. Si ahora acaba de darme su consentimiento. Cabalmente esta era la buena noticia que yo iba á comunicarte...

ANG. El no se opone?

EST. No.

ANG. Me llamará su hija sin reparo? ..

EST. Como yo te llamaré mi esposa con orgullo.

ANG. Pues qué razón hay para que otra persona juzgue abominable y monstruoso nuestro casamiento?

EST. Otra persona? Fuera de mi padre, tiene alguien derecho para intervenir en este asunto? Qué persona es esa?

ANG. La que te ha servido de madre.

EST. Qué! Mi tía ha dicho... eso?

ANG. Sí: y con grande afán, y con lágrimas que denotaban la sinceridad de sus sentimientos, me ha pedido por Dios, que á lo menos suspendamos nuestro matrimonio hasta que se nos revele un secreto terrible que nos permita juzgar á nosotros mismos de nuestra conducta y de nuestros respectivos deberes.

EST. Un secreto! de quién?

ANG. No lo ha dicho

EST. De qué especie?

ANG. Lo ignoro.

EST. Un secreto!... Mi tía, que se ha desvelado por mí... que seguramente me quiere como á un hijo... puede oponerse sin razón á nuestro matrimonio?

ANG. No podía tener más que una, y ella la niega.

EST. Cual?

ANG. Ser yo hija de quien soy.

EST. Eso es cuenta mía y de mi padre. Pero dices que ella niega esa razón...

ANG. A pesar de todo, insisto en creer que no tiene otra, y que el secreto de que habla es una escusa para no mortificarme.

EST. Aciertas sin duda alguna. Pero sea lo que fuere, haya ó no secreto, mi esposa serás, Angelina, delante de Dios y de los hombres, y colgada de mi brazo te paseará por todas partes, orgulloso de dar mi nombre á una mujer honrada que no puede ser responsable de faltas que otro ha cometido

ANG. No, Estéban La gloria ha ennoblecido tu nombre, y yo, porque te amo, debo hacer el sacrificio de mi corazón en aras de tu gloria.

EST. Angelina! Has perdido el juicio:

ANG. Lo he meditado bien. Tu tía tiene razón. Nuestro matrimonio es imposible!

EST. Pero esa mujer... Dios me perdone! como á

madre la he querido... Conseguirá que la aborrezca.

ANG. No digas eso.

EST. Te ha perturbado con los delirios de su fiebre, y trata de robarme la felicidad en el momento en que la tocan mis manos. No hay motivo para que la ódie?

ANG. Me ha exigido la promesa de no casarme, cuando menos mientras ella viva.

EST. Tú!

ANG. Y la cumpliré..

EST. No la cumplirás.

AGN. La cumpliré. Es la única manera de pagarle su cariño hácia mí.

EST. Y el mío?

ANG. No puede esperar?

EST. Si fuera de hoy, esperaría. Pero es de tantos años que ya las horas parecen siglos. Además, me repugna que mi dicha dependa de su muerte.

ANG. Quizá está más próxima de lo que te figuras.

EST. Próxima ó lejana, no quiero espiar los últimos alientos de su vida, como heredero codicioso que saborea su fortuna en el estertor de su madre. Hay secretos? Ya la haré hablar... No las hay? Ya la haré enmudecer. María! Padre! (Llamando.)

ANG. Qué intentas?

EST. Preguntar para saber. La luz del sol desvanece las nubes del espacio. La luz de la verdad desvanece las sombras de la duda. Venga la luz!

ESCENA XIII.

DICHOS.—DON RAIMUNDO.—MARIA.

MAR Estéban!

RAIM. (Sosteniéndola, pero con intención de detenerla.) Qué quieres á Estéban?

MAR. Aparta! (Forcejeando con su hermano.)

EST. Si era yo quien les llamaba á ustedes!—Ven, tía, ven, siéntate, que necesito hablarte. (La sienta en el sillón.)

MAR. Y yo á tí. Pero no delante de Angelina.

EST. Perdona (A Angelina.) (Lo sabrás todo.)

ANG. (Al marcharse observando á María.) La muerte y el terror en su semblante!... Será verdad que hay un secreto espantoso?... Dios mío! Amparadnos! (Vase.)

ESCENA XIV.

DON RAIMUNDO.—ESTEBAN.—MARIA.

MAR. Quereis entre todos apresurar mi muerte? Vais á conseguirlo.

EST. Tía!

RAIM. (A Estéban.) La fiebre la exalta, y su inteligencia se perturba. No la escuches. Déjala!

EST. Tranquilízate, querida tía. Quién piensa en morir?

MAR. Me ha dicho tu padre que te ha dado el consentimiento para que te cases con Angelina.

EST. Es verdad, y ya puedes figurarte que con eso ha completado la felicidad de este día. Pero tú sabes que yo gusto de hacer las cosas como Dios manda, y que me repugna todo lo que no pueda hacerse y decirse á la luz del sol.

RAIM. Y qué quieres significar con eso?

EST. Que Angelina me ha hablado de tu oposición á nuestro casamiento... (A María.)

MAR. Sí...

EST. Y de un secreto terrible en que tú te fundas para oponerte.

RAIM. (A María.) Tú le has dicho á Angelina?. .

MAR. Lo que acabas de oir á tu hijo.

EST. Yo necesito conocer ese secreto.

RAIM. Estéban! (Con imperio mezclado de terror.)

EST. (Volviéndose á su padre con naturalidad y viveza.) Por ventura le conoce usted también?

RAIM. Qué secretos ha de haber aquí, si yo no me opongo?

EST. Eso es lo que me extraña precisamente: que usted no se oponga y mi tía sí. Por qué te opones?

RAIM. Eres cruel, Estéban. No tienes consideración siquiera á su enfermedad. Déjala en paz.

MAR. No me dejes... No te apartes de mí .. Me espanta la idea de morir llevando al sepulcro la tortura de mi silencio.

EST. Pues eso quiero yo: que hables.

RAIM. No hablará.

EST. Por qué?

RAIM. Porque... porque la infeliz delira, y no es bien que des importancia á los estravíos de una imaginación calenturienta.

EST. Delirar? No hay incoherencia en sus ideas...

MAR. No; no deliro... Dios quiere conservarme el juicio hasta el fin para que hable... porque debo hablar... porque con mi silencio permito injusticias horribles..,

RAIM. Calla!

EST. Habla! Hay injusticias que pueden repararse hablando tú?

MAR. Sí!

EST. Habla, pues.

RAIM. Insensato! No sabes lo que pides.

EST. Sí lo sé. Verdad y justicia: eso pido. Usted es el que no sabe lo que niega.

BAIM. Amas esa corona que es el símbolo de tu gloria?

EST. Sí: más que á mi vida.

RAIM. Amas á Angelina, que es el símbolo de tu felicidad?

EST. Sí: más que á esa corona.

RAIM. Me amas á mí, Estéban, que no he tenido más fé, más amor, ni más dicha que tú?

EST. Sí! Más que á mí mismo!

RAIM. Pues la verdad y la justicia, como tú dices, te harán maldecir de esa corona y huir de Angelina con horror y vergüenza de tí mismo... y acaso maldecir también de la sangre de tus venas... Dile ahora que hable.

EST. (Espantado.) Qué! Mi gloria... mi amor, dependen de sus palabras?...

RAIM. De su silencio. Que calle, y serás el más feliz de los hombres .. que hable, y toda dicha se habrá desvanecido para nosotros.

LUCAS G.ª HERNANDEZ BÉJAR

EST. Dios mío!. . Y negaba usted que hubiese un secreto... y decía usted antes que deliraba... No: quien delira es usted. . Soy yo... que no doy crédito á mis sentidos... María!

MAR. Ay de mí! La muerte... La siento en el corazón!...

EST. No... Es preciso que me oigas y que me hables. Qué importan mi gloria y mi amor? La verdad y la justicia ante todo. Habla.

RAIM. Jamás! Lo hecho, hecho está. Hay nada superior á la ley de la fuerza?

EST. La ley moral, padre mío!

MAR. La ley de Dios!... Hablaré.

RAIM. No! No! La ley de Dios no puede mandar esta espantosa confesión.

EST. (Con brío y con solemnidad.) Padre! Al que habla desde el umbral de la muerte, los vivos deben oirle de rodillas! Habla al fin! (Don Raimundo se retira un poco recostáudose en un sillón. Estéban con una rodilla en tierra, coje una mano á María y la escucha con religiosa atención.)

MAR. Dios lo quiere!... Dios lo manda!... Oye... El padre de Angelina es inocente.

EST. Inocente!

MAR. No fué él quien asesinó y robó á Vega... Yo le ví... y nadie más .. Fué otro... otro!

EST. Su nombre!

MAR. (Ahogándose y procurando señalar con el dedo á don Raimundo que la escucha anonadado.) Su nombre...

RAIM. (Adelantándose con los puños crispados como amenazando ahogar á María.) María! Que tus labios pronuncien ese nombre... y no respondo de mí!

EST. (Aterrado y comprendiendo la verdad de todo.) Aquel papel ensangrentado que ella arrojó al fuego... Su turbación de usted en aquella noche de horror... (Acercándose á su padre, y hablándole casi al oído entre sollozos.) Ah, padre! Para qué ahogar la voz en esa garganta si usted está delatando al verdadero criminal?

RAIM. (Volviéndose en el colmo del terror.) Yo!

EST. Sí!.. Su nombre abrasaría mis labios... Tampoco yo lo pronunciaré ni en la hora de la muerte!

RAIM. Hijo! Jura por la memoria de tu madre que no me aborrecerás!

EST. (Rompiendo á llorar) Ay de mí!

RAIM. Mira que todo fué por tu amor, por tu felicidad, Estéban de mi alma!

EST. (Dejándose caer en el sofá) Por mi felicidad, padre mío, y me ha hecho usted el más desgraciado de los hombres!

RAIM. (Con desesperación.) Tú, desgraciado... por mí!... Oh! maldito, maldito yo para siempre. (María continúa agonizando en el sillón; Estéban llorando en el sofá y don Raimundo ocultando el rostro entre las manos, recostado en el respaldo del sofá, junto á su hijo.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

LUCAS G. HERNANDEZ
BÉJAR

LUCAS G.z HERNANDEZ
BÉJAR

ACTO TERCERO.

Decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ESTÉBAN, vestido de luto, aparece sentado en un sillón con la cabeza entre las manos y como quien se siente agobiado por un gran pesar. ANGELINA sale por una puerta lateral y se acerca á él triste y lentamente.

ANG. Estéban!

EST. Otra vez! No quieren dejarme á solas con mi desesperación?

ANG. No! Sin oirme me has arrojado de tu presencia; pasas desde ayer las horas muertas, sin pegar los ojos ni tomar alimento alguno, entregándote á demostraciones de dolor que nadie se explica, y yo debo apelar á tu reflexión... y á mi cariño para convencerte de que no está bien hecho lo que tú haces.

EST. Eso crees? (Con amarga ironía.)

ANG. Eso cree todo el mundo. Amabas á tu tía como á una madre, y la idea de que hoy recibirá cristiana sepultura debe lastimar hondamente tu corazón. Pero llorar su muerte, como yo la lloro, es una cosa, y desesperarse y huir de las gentes y echarse á morir es otra. Por qué haces eso

Estéban? No te queda nadie en el mundo á quien amar? No vive tu padre? No vive tu... tu hermana, tu pobre Angelina, que daría la sangre de sus venas por verte consolado y tranquilo?

EST. Mi pobre Angelina!... Tú me amas, no es verdad? me amas mucho... Lo he oido de tus labios tantas veces?

ANG. Si repitiéndolo á cada instante, pudiera calmar tu dolor, aquí, de rodillas delante de tí pasaría la vida diciéndote: yo te amo!

EST. Y por qué me amas? Esperas todavía que la felicidad venga á revelarte sus secretos al oído? Dichosa tú que aún esperas algo en el mundo! Para mí ya no hay amor, ni felicidad, ni esperanza.

ANG. Ni amor, y era yo á quien amabas!... Ni esperanza, y ha desaparecido el únido obstáculo que se oponía á nuestra felicidad!... No te comprendo, Estéban.

EST. Qué importa? El mal sobre la tierra es un misterio incomprensible, y existe sin embargo. Tú no comprendes mis palabras, y sin embargo dicen la verdad.

ANG. Que no hay amor ni esperanza para tí? Entónces que soy yo?

EST. Si me olvidas, mujer afortunada. Si me amas, nueva Ofelia que morirás con la corona de azahar en la frente y la locura del dolor en el alma .. olvídame.

ANG. Hoy eres tú quien me lo dice...

EST. Y ayer eras tú quien me lo decía á mí.

ANG. Me obligaba el deber.

EST. Como me obliga el mío. Este es el mundo, Angelina. En veinticuatro horas gira la tierra una vez sobre su eje. En ese mismo tiempo, cuántas veces no puede girar el corazón humano?

ANG. Tanto ha variado el tuyo desde ayer!

EST. Si tú lo supieras!...

ANG. (Muy conmovida.) Es decir, que ya no me amas... que tal vez el secreto de que me hablaba tu tía, se refiere á algo que me hace mucho más indigna de tí de lo que yo me figuré...

EST. Tú indigna de mí! (Con estupor.)

ANG. Ah, Estéban! Odiame si quieres, aunque yo te amaré mientras viva. Pero díme qué nueva desventura es ésta; qué nueva fatalidad se interpone entre tu corazón y el mío; dímelo, por Dios!

EST. Angelina, Angelina! Yo también te pido por Dios que me dejes. Mira que estás desgarrando mi alma con tus preguntas y más aún con tus sospechas: mira que el deber ha puesto una mordaza en mis lábios, y que no los abriría aunque me condenaran á los tormentos más crueles que puede inventar la barbarie de los hombres.

ANG. Ninguno sería mayor que el que tú me haces sufrir ahora. Hay un secreto que importa á nuestra felicidad, y no quieres revelármelo? No me amas.

EST. Angelina!

ANG. No; no me amas Cuando ayer, por gratitud, por exigencias de la triste posición que ocupo en esta casa, te dije – con el alma hecha pedazos!—lo que el alma no ha sentido nunca, tú parecías dispuesto á sacrificarlo todo por mi amor.

EST. Es verdad.

ANG. Hoy vengo á enjugar tu llanto con la esperanza de nuestra próxima dicha, y me rechazas como al más odiado de tus enemigos. Por qué? No lo dices. Es un secreto! Deshonra mi sangre? No me amas porque ya no lo sacrificas todo por mí. Deshonra la tuya? No me amas tampoco porque me juzgas incapaz de sacrificarlo todo por tí. Ya ves como de todas maneras no me amas.

EST. Que no te amo, Angelina, que no te amo!... Has olvidado las cartas que te escribía desde Roma?

ANG. Tus cartas!... Oyendo están los latidos de mi corazón.

EST. Qué te decía en ellas? En una de las últimas sobre todo... Recuérdalo... Que no había aplauso, triunfo ni corona que bastara á satisfacer el ansia codiciosa de mi alma .. Pero esto era por mí? Era para halagar mi amor propio?... No! Los génios de Rafael y Miguel Angel, anidándo-

se unidos en mi espíritu, me hubieran parecido poco para merecerte... Por tí y para tí, Angelina, quería yo los triunfos, las coronas, la gloria de mi nombre... Por tí y para tí acepté con júbilo ese laurel que el entusiasmo de la amisted me ha ofrecido... Todo para tí, lo entiendes? para tí que has sido mi inspiración, mi sueño, mi esperanza... Pues bien, Angelina! Hoy maldigo esa gloria. que es un sarcasmo horrible; hoy aborrezco esa corona, que es corona de fuego para mis sienes .. y aunque te amo como nunca, más que nunca, porque nada se ama tanto como lo que se pierde, yo te digo que te alejes de mí para siempre, y si tu corazón tiene la debilidad de amarme, arráncatelo á pedazos y arrójamelo al rostro, que así habrás cumplido con tu deber.

ANG. Oh, Estéban, Estéban mío! No sabes lo que dices; el dolor ha trastornado tu entendimiento, pero á mí no han de contagiarme tus delirios. Por grandes que sean tus aflicciones, has de hallar en mi cariño consuelo bastante para olvidarlas todas. Separarnos? Imposible! Dejarnos de amar? Más imposible aun. Y amándonos, qué cosa habrá que nos separe?

EST. Un abismo, Angelina mía, un abismo.

ANG. Díme cuál, y podré creerte.

EST. Jamás!

ANG. Entónces me das derecho á dudar de tu amor.

EST. Eso no!

ANG. Habla, pues.

EST. Hay una sangre envenenada, y no es la tuya.

ANG. Por qué?

EST. Crée mis palabras, y no me preguntes más. Basta que sepas que soy indigno de tí.

ANG. Me engañas, y si empiezas á engañarme es que empiezas á no quererme. Don Raimundo ha entrado poco antes por una puerta del fondo.)

EST. (Con desesperación.) Angelina!

ESCENA II.

DICHOS.—DON RAIMUNDO.

RAIM. (A Angelina.) Dices bien: te engaña. El es digno de tí, como tú eres digno de él.

EST. Padre!

ANG. Es que no me ama, verdad?... O usted le ha dicho que no me ame.

RAIM. Te ama, y yo quiero que te ame. Pero es un insensato que sin razón ninguna te atormenta y nos quiere atormentar á todos.

EST Yo!...

RAIM. (A Angelina.) Vete, hija mía, y ten confianza en mí. (Vase Angelina puerta izquierda.)

ESCENA III.

DON RAIMUNDO.—ESTEBAN.

RAIM. Conociéndote, preví lo que iba á suceder. Te empeñaste en descubrir el secreto de mi vida, y ya para tí no hay amor, ni gloria, ni felicidad, ni nada.

EST. Nada! Es cierto; nada!

RAIM. Por qué? Por un infortunio en que toda la responsabilidad es mía.

EST. Pero no todo el infortunio.

RAIM. De tí depende. Pon en olvidarlo el mismo afán que pusiste en saberlo, y todo será dicha para tí.. y para mí.

EST. Olvidarlo!

RAIM. Sí! Como se olvidan otros muchos cuando de ellos ha surgido una posición brillante y una impunidad fastuosa. Piensas que es tan extraordinario el crímen en la sociedad que nos rodea? Eres un niño todavía, y no conoces el tenebroso orígen de tantas fortunas, de tantas insolentes

opulencias que miran con el mayor desprecio á esos pobres de espíritu que no admiten ni un grano de oro sin que haya pasado por el crisol de la honradez.

EST. Comprendo que se olvide el crímen irremediable, pero no el que todavía permanece en pié y exije á gritos una reparación.

RAIM. Una reparación... á costa mía? Quieres que yo me delate? Quieres delatarme tú?

EST. Ah! No! Jamás!

RAIM. Pues no sé qué otra reparación cabe en este asunto.

EST. Y es posible que un inocente continúe en presidio, cuando una sola palabra basta para ponerlo en libertad? Es posible que Angelina siga creyéndose hija de un criminal y llevando en su nombre una mancha que de derecho corresponde al mío? Oh! no. Su delación de usted sería horrible; pero la condena de San Román es abominable.

RAIM. Entre lo horrible y lo abominable hay que elegir. La solución de este conflicto está en tu mano, y yo te juro que me someteré á lo que tú decidas. Al fin y al cabo, por tí—demasiado lo sabes!—Solo por tí clavé el cuchillo en el corazón de Vega, que no me había ofendido, y le arranqué el oro que la suerte le había deparado. No fuí movido del rencor ni de una codicia vulgar Armé mi brazo contra la injusticia de la fortuna que no da pan á todos los padres para alimentar á sus hijos, y contra la vileza de una sociedad que no respeta, considera ni engrandece sino á los poderosos que han sabido sustraerse á la acción del Código penal. Verte yo en la miseria, presentarse la ocasión de asegurar tu porvenir, y no aprovecharla .. imposible! Qué digo matar á Vega? Por tí, Estéban, hubiera pasado á cuchillo á un pueblo entero; hubiera incendiado al mundo, con tal de levantar sobre sus cenizas un trono de gloria y de felicidad para tí. Es esto crímen? Bueno. Lo será: no lo discuto; pero te digo que por tí volvería á come-

terlo, no una, sino mil veces que fuera necesario.

EST. Padre!... Padre mío! (En estos gritos ha de haber una mezcla de repulsión y de amor producida por la misma mezcla de generoso y criminal que hay en los sentimientos expresados por don Raimundo.)

RAIM. Me juzgas indigno de tu amor por esto?

EST. Odio el crímen, y casi me ódio á mí mismo porque fuí causa inocente de que se cometieran tales horrores. Pero no amarle á usted? No estar dispuesto á perder mi sangre, mi amor, mi honra, mi gloria por usted? Si no concibo que haya sacrificio con que yo pueda pagar el amor que usted me tiene! Póngalo usted á prueba; dígame usted lo que exije usted de mí, y verá que no hay esclavo más solícito en complacerle que yo.

RAIM. Sólo una cosa te exijo, si me amas.

EST. Cuál?

RAIM. Que procedas como si no supieses nada de lo pasado.

EST. Eso no!

RAIM. Tan grande es el sacrificio?

EST. No es sacrificio; es un nuevo crímen. Pídame usted el sacrificio de todos mis gustos, de todas mis ilusiones, de todos mis derechos, pero no el sacrificio de mi deber, porque el sacrificado no soy yo, es otro: es San Román.

RAIM. Hay un hecho consumado. El se declaró culpable, y culpable se cree todavía. Yo no hice más que callar. Qué obligación tenía yo de delatarme, sobre todo cuando mi pena hubiera sido muy superior á la suya?

EST. Si no hablamos de eso. Delatarse usted? Delatarle yo? Oh, padre mío! Quién piensa en semejante absurdo? La ley moral me obliga á salvar á un inocente; pero mi condición de hijo me obliga á defenderle á usted hasta la muerte.

RAIM. Pues ya ves cómo yo tengo razón Si el nudo no puede desatarse, hay que dejarlo como está.

EST. Dejarlo como está? Continuar nosotros gozando de libertad, de consideración, de riqueza, de todos estos bienes que en su mayor parte no

nos pertenecen? Lo dice usted con la frente serena y el labio tranquilo... Pero aquí, que está usted á solas con su hijo, de cuyo amor no puede usted dudar, hable usted con franqueza, descubra usted sin miedo ni reparo los pliegues más ocultos de su corazón, y dígame si allá en su fondo misterioso é impenetrable como los abismos del Océano no vibra constantemente el eco de una voz severa é incomprensible que acaso se amortigua, pero que no enmudece nunca, porque es la voz de la justicia eterna que repercute en nuestra conciencia y nos dice lo que es bueno y lo que es malo, lo que nos hace dignos de premio ó dignos de la abominación de Dios y de los hombres.

RAIM. Estéban! (Con mal disimulado terror.)

EST. Usted no es un criminal empedernido .. Dice usted que no cree en Dios, pero yo sé que Dios está hablando á su alma de usted á cada instante... No es cierto?

RAIM. (Con más terror.) Hijo! Hijo mío!

EST. Confiésemelo usted á mí, padre de mi alma. (Apoyando su cabeza sobre el pecho de don Raimundo.) Tengo el oído puesto sobre su corazón, y escucho sus latidos, y no me engaño... Aquí suena la voz de Dios que pide restitución de lo robado á la familia de Vega, y libertad y honor para San Román...

RAIM. Calla, Estéban, calla! Por qué has despertado lo que yo quisiera que durmiese siempre?... No he creído, no creo en nada... pero yo no sé qué sér hay dentro de mi sér, qué lengua habla aquí (El corazón.) que no es la mía, y que no habla como la mía... Razono á mis solas; me convenzo de que en el mundo no hay más ley que la ley de la fuerza y del éxito; que así se han formado pueblos, se han creado dinastías y se han convertido familias oscuras en familias ilustres y poderosas; aplico esa ley á mi situación personal... y á pesar de todo la voz acusadora resuena en mis entrañas, y yo, que no he temblado ante el crímen, tiemblo ante esa voz

como ante juez invisible que me señalara plazo fijo para mi sentencia de muerte.

EST. (Sollozando.) Padre!

RAIM. Ya sabes lo que deseabas saber... Ahora dispon lo que quieras. Dices que se debe restituir á la familia de Vega?

EST. Sin perder un día. Bustamante nos dirá dónde vive.

RAIM. Yo le avisaré para que se entienda contigo. Cuanto se pueda arreglar con dinero, tú lo arreglarás á tu gusto; y lo repito, Estéban. Si la tranquilidad de tu alma, si tu dicha moral depende de que yo me delate, no vacilaré un momento. Como descendí al crímen por tí, por tí subiré al patíbulo ..

EST. (Abrazándole.) Oh! no! no!...

RAIM Amame siempre, hijo mío... y todo lo demás me importa poco .. Adiós! adiós!... y que el cielo te ilumine... Es la primera vez que le invoco... A tí te lo debe .. Adiós, hijo, adiós!... (Vase muy conmovido por el fondo derecha.)

ESCENA IV.

ESTEBAN, solo.

Oh! Sí.. es la primera vez que invocas al cielo, oh padre mío! y quizá no le invoques en vano... Pero yo que le pido luz á todas horas, y me pierdo y confundo en las tinieblas de una noche sin término, por qué no soy escuchado?.. Oyes los gritos de mi pobre corazón que te llama, y no contestas... Qué debo hacer? Delatar al criminal? Es mi padre: yo no puedo ser parricida. Consentir en la pena de un inocente que es el padre de mi amada Angelina? Sería la más vil, la más baja de todas las infamias posibles. Matarle me parecería menos vergonzoso... Suben olas de maldición á mis lábios, y otra vez se hunden en mi pecho porque no quiero emponzoñar mi lengua con gemidos infernales... Pero

vuelvo á tí de nuevo, Señor, y pregunto: si no debo condenar á mi padre: si no debo consentir en la injusta pena de San Román, qué debo hacer?... Sacrificios? Todos los posibles... El de mi libertad, el de mi honor, el de mi vida... Sin mi Angelina y sin mi gloria, qué me importan vida, honra, libertad, ni nada?... Sacrificios!... Sí!... Pero cómo?... Jesús! (Como herido de una idea espantosa que al mismo tiempo resuelve el conflicto.) No! Nunca .. La muerte es otra vida que empieza; la ignominia es una muerte que no acaba. Todo se me puede exigir, todo!. . menos la ignominia... El delirio se apodera de mi razón... Dios mío! Esto es luz que viene de tí, ó son chispas luminosas que el dolor enciende en medio de la oscuridad que me rodea?... Es sacrificio sublime ó desesperación abominable?. . Mi nombre al fango .. mi frente, ceñida de laurel, doblándose enrojecida de vergüenza ante el tribunal de la justicia humana. . No! no! Es el delirio de la fiebre... Es la locura de la cruz... Llevar al inocente al Calvario por redimir al culpable, eso es obra de Dios, no sacrificio de hombre... Pero si un hombre baja al crímen por su hijo, no puede un hijo subir al Calvario por su padre? .. Porque el mal es fácil, ha de ser la abnegacióa imposible? Se ha agotado ya sobre la tierra toda simiente de virtud? Mentira! Humanidad calumniada, recobra la nobleza de tu origen! Alma inmortal, levanta tus alas á las regiones de lo infinito, y regocíjate en tí misma: por qué no has de asemejarte á tu Dios?

ESCENA V.

ESTEBAN.—ANGELINA, fondo izquierda. Viene llorando.

ANG. Estéban! Estéban!

EST. Por qué lloras? Qué nueva desdicha?...

ANG. Mira! (Señalando una puerta lateral por donde se supone que pasa el cadáver de María)

EST. Ah! Pobre tía! Pobre madre de mi alma! Qué este grito sea el último adiós que á tus fríos despojos dá mi cariño filial... Dichosa tú que vas á descansar para siempre! Triste de mí que he recogido tu herencia de dolor!...

ANG. Amarga despedida la despedida eterna... Eterna es también la mía, Estéban.

EST. La tuya!

ANG. No nos volveremos á ver más. Muerta tu tía, solo como hija de tu padre podía continuar en esta casa. Pero siendo imposible nuestro amor, qué he de hacer si no poner á salvo mi decoro que es lo único que me queda en esta vida?

EST. Te equivocas. Va á sorprenderte una gran alegría Aún puedes ser feliz.

ANG. Feliz? Cómo?

EST. No como mujer enamorada: pero sí como hija.

ANG. Explícate.

EST. Por mucho que me ames, sé que no has de mirar con menos interés que á mí el honor y la libertad de tu padre.

ANG. Cierto es. No se amengua el cariño por mucho que se reparta.

EST. De modo que si te dijeran que tu padre iba á recobrar pronto la libertad, y con la libertad la consideración que merece un hombre de bien injustamente condenado á presidio, sentirías en medio de tus penas un gran consuelo?...

ANG. Qué dices, Estéban? Mi padre inocente y libre volvería de nuevo á mis brazos? Yo no sería la hija de un asesino sino de un mártir? Es eso cierto? No me engañas?

EST. Ves como todavía es posible la felicidad para tí? Sí, Angelina: da gracias á Dios porque la justicia y la verdad, imponiéndose, aunque tarde, á las perversidades de los hombres, van á devolverte á tu desventurado padre. Es inocente, y va á ser libre.

ANG. Mi padre inocente! Mi padre no está manchado de sangre! La declaración que él hizo no resulta cierta!... Quizá él se delató por salvar á otro?... Oh! Estéban... Dime cómo puede ser eso, por-

que temo haberte comprendido mal ó ser víctima de una alucinación de mi pobre espíritu trastornado por tantas amarguras.

EST. Lo que te he dicho es la verdad, Angelina. Tú padre creyó matar á Vega, porque éste, al eludir el golpe, cayó en el suelo y perdió el sentido por una ligera conmoción cerebral sin duda. Tu padre huyó despavorido, y otro hombre despojó en seguida á Vega del dinero que llevaba. Pero vuelto en sí quiso defenderse, y el mismo cuchillo que tu padre había abandonado en la huída se hundió en el corazón de aquel infeliz que no pudo pronunciar una sola palabra para que se hiciera justicia.

ANG. Y el asesino consintió que mi padre fuese condenado?

EST. Sí, Angelina.

ANG. Y ese hombre ha vivido ocho años libre y tranquilo viendo á mi padre arrastrar la infamante cadena del presidiario?

EST. Sí.

ANG. Y sabe tal vez que mi madre murió de dolor y que sin vosotros hubiera quedado yo en la miseria y el abandono?

EST. Sí.

ANG. Y ese hombre vive aún?

EST. Vive!

ANG. Vive el miserable, el mónstruo de vileza y cobardía, y me conoce, y habrá estrechado tal vez mi mano entre las suyas?...

EST. Sí, Angelina!... Pero calla, por Dios, y ten lástima de ese hombre, que es más desdichado que tu padre!

ANG. Lástima!... No! Quiero saber quien es; quiero verle para maldecirle, para escupirle en el rostro...

EST. Para perdonarle!

ANG. Nunca! Esas infamias no se perdonan. Ni concibo que tú me digas eso. Acaso no le odias como yo?

EST. Yo no puedo odiarle... ni tú tampoco, Angelina.

ANG. Con toda mi alma, y mientras me dure la vida.

EST. (Merecer su odio!... Oh, cielo santo!... Este sacrificio es superior á mis fuerzas!)

ANG. Habla: quién es? No oyes que necesito saber su nombre?

EST. No lo sabrás. Has dicho que le odiarías, y ese hombre, que es capaz de arrostrar la muerte, no sería capaz de arrostrar tu odio.

ANG. Pues ha podido hallar ese hombre en el mundo otra cosa más que odio? Hay alguien, por ventura que le ame?

EST. Sí. Le amas tú; le amo yo.

ANG. (Con un grito repentino y aterrador que produce en Estéban un efecto terrible.) Tu padre!

EST. (Precipitadamente.) No! no! Él no! Fuí yo; yo, el asesino de Vega; yo, el vil que dejó condenar á tu padre.

ANG. (En el colmo del estupor y del espanto.) Tú!... Mi Estéban!... Tú!... Mentira!... Estéban... Estéban mío!... Jesús me valga!... (Cae desmayada en sus brazos.)

EST. Muerte cruel! Por qué no vienes ahora para los dos? (Sale Bustamante por la puerta derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS.—BUSTAMANTE.

BUSTAM. Angelina!

EST. Un desvanecimiento... La muerte de mi tía la ha impresionado tanto .. Ayúdeme usted á llevarla á su habitación... (Entre los dos la llevan por la puerta izquierda, primer término.)

BUSTAM. (Que vuelve á salir inmediatamente.) Don Raimundo me ha dicho que Estéban tiene que encomendarme un asunto de importancia... El parecía abstraido... Este desmayo de Angelina y la escitación de Estéban... Qué pasa? (Sale Estéban.) Cómo se encuentra?

EST. Empieza á volver en sí... Pero no conviene que

ahora me vea, y además necesito hablarle á usted de algo que me interesa mucho.

BUSTAM. Estoy á sus órdenes.

EST. Usted, según parece, ha conocido á la familia de Francisco Vega; un hombre que murió asesinado...

BUSTAM. La he conocido y la conozco íntimamente.

EST. Eran la viuda y el hijo, no es verdad?

BUST. Eran, y son: porque viven los dos todavía.

EST. Usted sabe dónde?

BUST. Sí: en un pueblo de la provincia de Castellón.

EST. Lo pasarán con estrechez sin duda.

BUST. Con escesiva modestia cuando menos.

EST. Pues bien; va usted á encargarse de una comisión muy lisonjera para ellos y para usted, que sin duda los estima

BUSTAM. Una comisión muy lisonjera?

EST. La más lisonjera que es posible en el estado en que se encuentran.

BUSTAM. (Qué quiere decir?)

EST. Hoy mismo, sin pérdida de momento, va usted á girar á su favor la cantidad de quince mil duros que anotará usted en los libros como deuda pagada... deuda de conciencia: quiero que conste así.

BUSTAM. (Cielos!) Deuda de conciencia? Tal vez una restitución?

EST. Esa es la palabra: una restitución.

BUSTAM. De quién? (Con enerjía espontánea.)

EST. Cómo? (Asombrado del tono con que Bustamante ha hecho la pregunta.)

BUSTAM. Digo que. . (Procurando disimular.) Realmente me coje tan de sorpresa... Hay en caja dinero de sobra para hacer la operación, pero yamos!... restituir una cantidad así sin más ni más, y por escrúpulos de conciencia .. Ejemplos de esta especie no se dan todos los días, y nada tiene de particular que me asombre, entre otras cosas, porque no comprendo quién puede haber en esta casa que deba semejante cantidad á la familia de Vega...

EST. Si soy yo quien manda restituir, claro es que nadie la debe más que yo.

BUSTAM. Usted! Cómo y cuándo pudo usted despojar de ese dinero al infortunado Vega?

EST. (Por un movimiento natural de su honradez.) Despojar yo!

BUSTAM. Pues en qué concepto va usted á restituir?

EST. Señor Bustamante, limítese usted á cumplir mis órdenes.

BUSTAM. Con toda fidelidad —Pero usted no puede figurarse el interés que yo tengo en persuadirme de que es cierto lo que usted asegura. Cómo un joven de diez y ocho años,—sería su edad de usted entónces,—cometió esa... falta ignorada de todo el mundo hasta la hora presente? Qué móviles le impulsaron? Qué circunstancias concurrieron en el hecho? Porqué ha guardado usted el secreto durante tanto tiempo? Por qué lo rompe usted ahora?

EST. Me haría usted un singular favor en no preguntarme nada, entre otras razones, porque muy pronto tendrá usted ocasión de saberlo todo.

BUSTAM. Perdone usted mi indiscreción; pero le veo á usted tan abatido, tan turbado, que quisiera animarle ó tranquilizarle á usted de algún modo...

EST. (Con efusión.) Gracias, Bustamente, gracias. Sufro tanto, soy tan desgraciado, que tal vez no haya en el mundo nadie cuya suerte no tenga yo derecho á envidiar.

BUSTAM. Usted, rico! Usted, coronado con el laurel de la inmortalidad!... No padecerá usted alguna ofuscación producida por un movimiento generoso del alma? Piense usted bien lo que hace, antes de comprometer la gloria de su nombre.

EST. Está todo pensado, y sólo me resta cumplir con la última obligación.

BUSTAM. Es que... de nuevo le pido á usted que me perdone... pero la familia de Vega es para mí como la mía propia, y estoy entarado de algunos pormenores de su vida...

EST. Usted!

BUSTAM. Sí... Tengo noticia, por ejemplo, de que Vega llevaba consigo el día de su muerte...

EST. Una cantidad, cierto... Esa es precisamente la que se le restituye con intereses.

BUSTAM. De manera que usted fué quien, cegado por la codicia ó llevado de los malos instintos de muchacho, bajó al callejón y despojó el cadáver...

EST. Silencio, silencio, señor Bustamante!. . Mis lábios se resisten á confesar mi ignominia y mis oidos á escucharla... Ya que es preciso, yo la confesaré de modo que no se vea el rubor de mi vergüenza... Espere usted un momento... (Se va al gabinete del fondo y escribe demostrando en sus gestos la lucha de su espíritu.)

BUSTAM. (Aparte mientras escribe Estéban.) Mi venganza no llega hasta el punto de desear la ruina de un inocente, y Estéban lo es. Su noble corazón, la lealtad y la virtud reflejadas en su semblante, me dicen que está haciendo un sacrificio heróico, sublime, por una persona á quien ama más que á sí mismo. Es su padre ó es Angelina? Quiere por amor á ésta salvar á San Román de un nuevo proceso que agravaría considerablemente su pena, ó quiere salvar á su propio padre? Esto último es lo verosímil. Don Raimundo Carbonell es el ladrón de mi fortuna. No me había equivocado.

ESCENA VII.

DICHOS.—SANTIAGO, que viene precipitadamente por la puerta foro izquierda.

SANT. Bustamante!

BUSTAM. Silencio! (Indicándole con la mano á Estéban y llevándolo aparte.) Qué ocurre?

SANT. Un despacho de Cartagena. (Lo saca.)

BUSTAM. Del director?

SANT. Sí.

BUSTAM. (Lo lee para sí.) Psché! (Se lo guarda, encogiéndose de hombros.) Más grave es lo que aquí pasa.

SANT. Qué?

BUSTAM. Carbonell fué el ladrón de mi padre.

SANT. Al fin has descubierto?...

BUSTAM. Me mandan restituir á mi familia lo robado con intereses.

SANT. Pero cómo fué?...

BUSTAM. Ya te contaré. Véte que sale Estéban.

SANT. Del mal el menos. (Aparte.) Pero yo debo preparar á Angelina y referir luego á Estéban lo que ocurre. Veré á los dos. (Vase Santiago.)

ESCENA VIII.

BUSTAMANTE.—ESTEBAN.

ÉST. (Aparte, va á cerrar el pliego y se detiene.) Para qué cerrarlo? Dentro de poco todo el mundo sabrá su contenido. (Mirando á la habitación en que está Angelina.) Ay, mi Angelina! (A Bustamante.) Al mismo tiempo que hace usted el giro de los quince mil duros, llevará usted este pliego á su destino. (Se lo da.)

BUSTAM. Abierto?

EST. Se denuncia un hecho público... del cual puede usted enterarse. Mi padre es la única persona que no debe leer ese papel.

BUSTAM. Bien está.

EST. El último adios á mi amor. (Entra en la habitación de Angelina.)

ESCENA IX.

BUSTAMANTE solo, contemplando el pliego que tiene entre las manos.

Un hecho público del cual puedo enterarme!... No tendrá esto nada que ver con el robo, porque sean cualesquiera las circunstancias en que se cometió, con la restitución todo queda zanjado, y aunque legalmente mereciese alguna pena el criminal, no iba á ser tan necio que él mismo la solicitase del juez, cuando yo, principal inte-

resado, me doy por satisfecho. Si no me hubiese autorizado para leer este escrito, sentiría de seguro el aguijón de la curiosidad. Autorizado por él, temo abrir el pliego, como se teme en la noche oscura todo movimiento de sombras desconocidas. Hasta parece que el corazón me late con cierta inquietud... Qué insensatez! Hay nada que me importe, una vez que he recobrado el dinero de mi padre? Conocía al asesino, y ahora conozco al ladrón. Qué más necesito saber? Detalles del crímen? Para qué? Los muertos no vuelven, y los vivos han pagado ya su culpa. Sin embargo, Estéban dice que su padre debe ignorar por ahora lo que dentro de poco será del dominio de todo el mundo. Por qué?... No lo adivino. Aquí tal vez esté la solución del enigma. Sepámosla, pues. (Abre el pliego, y á medida que lee, su semblante manifiesta el asombro, la ira, el descreimiento y toda la diversidad de afectos de que debe estar poseido.) Qué! Pero esto es verdad? Que San Román no fué el asesino de mi padre? Que Estéban le mató y le robó por amor al suyo? Que consintió en la injusta condena de San Román? Tantos crímenes en una sola noche, por un joven, casi un niño á quien hoy saluda el mundo como un genio? Y no le he ahogado ya entre mis manos, en nombre de mi padre, en nombre de San Román, en nombre de Angelina, víctimas todos de la infamia de ese mónstruo?... Pero si no puede ser!... Sueño?... No, no sueño. Este es el papel que me ha dado: esta su firma... Y él mismo me ha confesado el robo: ahora confiesa el asesinato, y la perfidia que cometió con San Román. Luego, todo se explica con claridad y precisión. Así debió suceder como él dice... por qué llevaba mi padre el dinero consigo; por qué guardó reserva con mi madre... Todo es natural, sencillo, evidente... Todo, menos que Estéban haya cometido esos crímenes. No! el remordimiento no ha desatado su lengua: es la abnegación El ofrece por otro el sacrificio de su vida y de su honra... por

quién? (Don Raimundo aparece.) Por él! (Señalándole.)

ESCENA X

BUSTAMANTE.—DON RAIMUNDO.

RAIM. Ha hablado ya mi hijo con usted?

BUSTAM. Sí señor: giraré en seguida la cantidad de quince mil duros á la familia de Vega.

RAIM. No le ha dicho á usted nada más?

BUSTAM. Me ha dicho tales cosas...

RAIM. Qué! ..

BUSTAM. Tales... que, después de oirlas, no comprendo cómo detrás de aquella fisonomía tan leal, tan noble, tan regocijada de ordinario, se oculta un alma tan negra.

RAIM. Bustamante! Habla usted de mi hijo?

BUSTAM. De su hijo de usted estábamos hablando.

RAIM. Y ha dicho usted que es negra el alma de mi hijo? (Con tono amenazador.)

BUSTAM. O no es verdad lo que él asegura, ó negra es su alma como la del mismo Lucifer.

RAIM. Ni mi hijo miente, ni su alma es negra, ni usted ha podido pronunciar esas palabras sino por un exceso increible de mi compasión hacia usted.

BUSTAM. Tenga usted calma, señor don Raimundo, que tiempo habrá de que la perdamos los dos. O su hijo de usted miente, ó su hijo de usted es un criminal abominable.

RAIM. Qué ha dicho mi hijo para que usted se atreva á repetir esa acusación delante de mí?

BUSTAM. Que la cantidad restituída á la familia de Vega, fué robada por él.

RAIM. Por él!... Y él afirma... Supongo que usted no habrá creído semejante... novela.

BUSTAM. En efecto, no la he creído. Pero ya ve usted cómo yo tenía razón al suponer que faltaba á la verdad.

RAIM. Esa mentira en sus labios es la mayor prueba de su virtud.

BUSTAM. En esta ocasión tal vez la verdad le hiciera culpable como la mentira le hace honrado.

RAIM. Tal vez.

BUSTAM. De todas maneras, usted confirma la orden que él me hado de restituir esa cantidad?

RAIM. La confirmo.

BUSTAM. Pues voy á jirarla, y á llevar de paso este pliego al juez del distrito.

RAIM. Un pliego al juez? De parte de quién?

BUSTAM. De Estéban.

RAIM. A ver.

BUSTAM. No! Todos pueden verle menos usted. Esto es lo que él me ha dicho.

RAIM. Menos yo! Luego á nadie le importa verle tanto como á mí.

BUSTAM. Es posible.

RAIM. Venga ese pliego.

BUSTAM. Faltar á la confianza que en mí ha depositado Estéban... Jamás! (Con ironía.)

RAIM. No me conoce usted bastante todavía. Cuando yo me propongo una cosa la consigo siempre.

BUSTAM. Exactamente lo mismo me sucede á mí.

RAIM. Será preciso que yo le arranque á usted el pliego de las manos?

BUSTAM. (Metiéndoselo en el bolsillo interior de su levita.) Difícil lo veo. Más facil sería que yo le dijese á usted lo que contiene.

RAIM. Usted lo ha leído?

BUSTAM. Autorizado por Estéban. Yo no cometo abusos de confianza; cumplo su mandato no dándole á usted á leer este papel: pero me parece que bien puedo enterarle á usted de su contenido.

RAIM. Me es igual. Qué dice?

BUSTAM. Que San Román es inocente.

RAIM. Cómo!

BUSTAM. Que el verdadero asesino y ladrón de Francisco Vega se llama Carbonell.

RAIM. Yo! Y él me delata!...

BUSTAM No! Estéban Carbonell.

RAIM Estéban!...Estéban!... Oh! qué monstruosidad!...

Él asesino y ladrón! El hombre más honrado de la tierra!... Venga, venga inmediatamente ese pliego: ahora lo necesito más que nunca.

BUSTAM. Ahora menos que nunca se lo puedo entregar á usted.

RAIM. Qué quiere decir?... Será usted capaz de llevar al Juez esa declaración absurda y mentirosa?

BUSTAM. Absurda y mentirosa!

RAIM. Sí.

BUSTAM. Pruébelo usted, y yo cumpliré como debo.

RAIM. Basta que yo lo diga. No necesito probar nada. Lo que necesito es que me dé usted ese pliego inmediatamente, ó no sale usted vivo de aquí.

BUSTAM. Ah! Un crímen más, don Raimundo! La sangre de Vega tiene para usted un atractivo singular... ó tal vez hay algo en mí de la sombra de un aparecido, y algo en usted que le empuja á aniquilar todo lo que se relaciona con el infeliz asesinado.

RAIM. Qué dice este hombre?

BUSTAM. Quisiera usted que no hubiese rastro ni memoria de las víctimas causadas por su fiereza de tigre; que San Román hubiera muerto; que Angelina se refugiase en un claustro: que el cuchillo que atravesó el corazón de Vega hubiera atravesado también el de su mujer y de su hijo; y así, enterrado todo bajo la muda piedra del sepulcro, usted gozaría tranquilamente de su fortuna, y Estéban, hijo honrado y generoso, no se vería en la precisión de sacrificarse por su padre, á fin de devolver el honor y la libertad al de su amada Angelina... No es esto, señor don Raimundo? Pero Dios, en quien usted no cree, dispone las cosas de otro modo, y le hiere á usted en lo que más ama, en el orgullo de su nombre, en el ídolo de su corazón, haciendo por misteriosa coincidencia, que el honor y la vida del hijo de Carbonell, estén hoy en manos del hijo de Francisco Vega.

RAIM. El hijo de Vega...

BUSTAM. Yo, miserable asesino, yo! que me introduje en esta casa movido de una sospecha, infinita-

mente menos espantosa que la realidad. Buscaba al ladrón de mi fortuna, y encuentro al ladron y al asesino de mi padre, al amigo traidor que lo ha sacrificado todo á su ambición, á su codicia y á su orgullo, porque orgullo es, y no otra cosa, el amor insensato que profesa usted á su hijo... Y ahora, no es justo que yo tome la venganza que más puede desgarrar ese corazón de hiena?

RAIM. Qué venganza? Entregar la denuncia de mi hijo? Tú!... Desdichado!... No sabes lo que dices... Crees que es orgullo el amor que yo profeso á mi hijo? Pues orgullo. Te parece poco? Es locura, es idolatría? Pues locura... idolatría... lo que quieras... y siempre será poco. Por él, ¿lo oyes? por él maté á tu padre; por él dejé condenar á San Román; por él he cometido todas las iniquidades que conducen á la fortuna... y aún cometería más si fuera necesario... lo oyes bien? Pues ahora tú, que tienes en tus manos el honor y la vida de mi hijo, atrévete á dar un paso hacia esta puerta... uno solo! Y si crees en Dios, yo te juro que ni tiempo te he de dar para que le pidas misericordia... Ven!

BUSTAM. No; no voy á denunciar á su hijo de usted.—Es inocente y yo no quiero que sufra más que las consecuencias naturales de ser hijo de quien es. Además, podría salvarse y de seguro se salvaría del patíbulo. Usted no: usted morirá como debe morir: despreciado del mundo, y dejando tras de sí un nombre infame y vergonzoso. Esta es venganza: no! Esta es mi justicia.

RAIM. Y qué quieres?

BUSTAM. A cambio de este papel, otro idéntico firmado por usted.

RAIM. Eso no más? Mi vida por mi hijo? Es lo menos que puedo hacer por él... Mi declaración junto á mi testamento... Estaba ya hecha y bajo llave. (Abre un secreter y saca un pliego.)

BUSTAM. Venga!

RAIM. Toma. (Le dá el pliego.)

BUSTAM. La de Estéban. (Se la dá.)

RAIM. (Rompiendo el papel.) Ahora corre á delatarme y vuelve presto á saborear tu venganza .. (Con sonrisa siniestra y despreciativa.) Yo te juro que quedarás satisfecho. Vé!

EST. (Dentro.) Padre!

RAIM. El! Hijo mío!... No quiero verle... Me faltaría valor... y el infierno necesita de mí. (Vase precipitadamente por la primera puerta derecha.)

ESCENA XI.

BUSTAMANTE.—ESTEBAN, puerta izquierda.

EST. Padre!... Ah! Usted aquí todavía!... Dios lo ha hecho. Devuélvame usted el pliego...

BUSTAM. Este, no.

EST. El mío.

BUSTAM. Héle ahí. (Señalando los papeles rotos.)

EST. Y ese?

BUSTAM. Es el que dice la verdad.

EST De mi padre?

BUSTAM. Sí.

EST. Traidor! Ha faltado usted á mi confianza?

BUSTAM. El hijo de Vega tiene derecho de pedir justicia y de hacerla.

EST El hijo de Vega!.. Usted?

BUSTAM. Yo...

EST. Pero ya es inútil todo sacrificio. Usted no sabe? Santiago acaba de decírnoslo.

RUSTAM. Que ha muerto San Román? Lo sé. Pero y la sangre de mi padre?

EST. Y la vida del mío?

BUSTAM. Usted la defenderá como pueda. Yo vengo la del mío como debo.

EST. La defenderé á costa de la tuya, villano.

BUSTAM. Venga usted por ella. (Estéban se abalanza sobre Bustamante y al comenzar una lucha desesperada entre los dos, se oye un tiro de pistola.)

EST. Jesús! (Separándose de Bustamante y corriendo hacia la puerta por donde se marchó don Raimundo.)

Mi padre acaso!... (Empuja la puerta, y don Raimundo, herido de muerte, se precipita en sus brazos.) Padre!...

BUSTAM. Verdugo de sí mismo. (Rompe el pliego.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—DON RAIMUNDO.—ANGELINA.

RAIM. Hijo! Perdona... Salvo tu honor.

ANG. Dios poderoso!... (Aterrada.)

RAIM. Angelina... Salvo á tu padre.

ANG. Mi padre ha muerto! ..

RAIM. Ah! Muerto!... Mi suicido estéril!... Eterno juez! Te reconozco al fin! (Cae muerto.)

FIN DEL DRAMA.

LUCAS G.Z HERNANDEZ
BÉJAR

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

La dama del rey, drama histórico en tres actos y en verso.

La novela del amor, comedia en tres actos, prosa.

La mirada del muerto, (1) balada dramática en un acto, verso.

Un alma de hielo, comedia en tres actos, verso.

La flor del espino, drama en un acto, verso.

El celoso de sí mismo, drama trágico en tres actos, verso.

Arturo, íd., íd., prosa.

El desheredado, comedia en tres actos, verso.

La hija del réprobo, drama en tres actos, prosa.

El soldado de San Marcial, (2) melodrama en cinco actos, prosa.

La ley de la fuerza, drama en tres actos, prosa.

---

(1) En colaboración con D. José Cavanilles.

(2) En colaboración con D. Félix G. Llana.